

EL VALLE CALCHAQUI

*Ana María Lorandi
Roxana Boixadós
Cora Bunster
Miguel Ángel Palermo*

INTRODUCCION

Este trabajo es una síntesis actualizada, escrita especialmente para este libro, de varios trabajos anteriores publicados por diversos miembros del equipo (Lorandi 1983 y 1988b; Lorandi y Boixadós 1987-88; Lorandi y Bunster 1987-88; Lorandi, Cremonte y Williams 1991; Palermo y Boixadós 1991 y Lorandi y Cremonte 1991) y que por su extensión no pueden reproducirse en su totalidad. En todos ellos se ha tratado sobre la problemática del valle Calchaquí, ya sea en forma exclusiva e intensiva, ya sea dentro de un contexto más amplio. Dada la característica de esta síntesis, se han suprimido algunas de la contextualizaciones históricas que contenían y que hemos expuesto en el Capítulo I de este libro o bien los detalles y ciertas discusiones y contrastaciones de la información que pueden ser consultados en los trabajos originales. En este artículo sólo pretendemos señalar la problemática y las líneas metodológicas, así como nuestras interpretaciones y resultados aunque las hemos acompañado con las evidencias más imprescindibles para su mejor comprensión.

LOS LIMITES TEORICOS Y METODOLOGICOS

Sólo después de una primera revisión y discusión sobre el contenido de las fuentes comprendimos las dificultades de construir nuestro sujeto histórico, dadas las especiales condiciones en las que transcurre la historia de los valles Calchaquíes. Los valles (o el valle como corrientemente lo denominaremos) se asemejan a una larga y estrecha caja protegida por altas cumbres, a la cual se accede por grietas angostas que podían ser fácilmente controladas desde el interior. Claro está, el aislamiento con que se lo percibió en la época colonial, a causa del cerco con que lo rodearon los españoles, no fue tal en tiempos prehispánicos. En realidad, lo que provocó una gran frustración en las autoridades tucumanas fue que, no obstante todos estos esfuerzos, no lograron que el valle perdiera autonomía; por el contrario, ésta fue utilizada por sus pobladores para sostener una resistencia de 130 años, inédita en el mundo andino. El éxito de esta resistencia se basó en la capacidad de confederación que demostraron los distintos grupos étnicos para enfrentar al enemigo común. O sea, es esta respuesta interactiva coordinada la que le otorga la apariencia de homogeneidad política y cultural. El desafío que nos planteamos al iniciar la investigación, fue el de indagar más allá de esta apariencia que había confundido a muchos autores; en suma se trataba de averiguar si la unidad frente al conflicto ocultaba o no diferentes identidades étnicas, juegos de poder y tensiones dentro de ese espacio tan acotado, pero a la vez tan amplio y ecológicamente variado (Lorandi y Boixadós 1987-88: 263-266).

Nuestro planteo consistió en observar tanto la conducta social y política (al menos aquellas que eran transmitidas por las fuentes españolas), como la cultural, entendidas por el cúmulo de experiencias compartidas que forman parte de la memoria histórica. Además partimos de la base de que la cultura admite transformaciones que dan paso a sucesivos mecanismos de adaptación a realidades cambiantes, en una perspectiva donde tradición y cambio son dos dimensiones de una misma realidad. En esta línea teórico-metodológica asumimos que la conducta observada y la cultura inferida son complementarias, pero necesitan ser recortadas, diferenciadas y contrastadas para no superponer los planos interpretativos.

Al intentar una nueva revisión de la problemática del valle Calchaquí, y por la calidad de la información contenida en las fuentes, comprendimos que existían barreras intransitables que debían ser debidamente evaluadas para seleccionar un marco explicativo que pudiera ser utilizado en un caso como éste. Había dos factores que condicionaban la calidad de la información y que impidieron una reconstrucción en profundidad de la estructura social de los grupos indígenas. En primer lugar el estado de resistencia permanente de los pobladores que impidió una relación íntima y regular con los españoles. En segundo lugar, el tipo de implantación del sistema colonial en el Tucumán en su totalidad (como ya lo hemos señalado en el primer capítulo de este libro), que no modifica la situación señalada anteriormente ni aún cuando se inicia una verdadera relación colonial, porque ésta se vio muy afectada por las desnaturalizaciones con las que culminó la rebelión de los pobladores del valle.

Las mejores informaciones, si bien no las únicas, provienen de las campañas militares que se realizaron para someter a la población. Es a partir de esta óptica, analizando las diferentes reacciones frente a los españoles, así como las alianzas y los conflictos interétnicos, que hemos intentado establecer los límites de las unidades políticas, los accesos territoriales y en parte, pero con grandes incógnitas, a definir algunas características de la estructura política de estas unidades étnicas. De más está decir que la estructura social propiamente dicha (normas de parentesco, jerarquización interna) continúa siendo prácticamente inabordable con la información disponible, salvo aspectos aislados que hemos tratado de explotar al máximo, hebras de conocimiento, que es muy difícil entrelazar en un tejido coherente. A las limitaciones aludidas se hace necesario agregar que los actores indígenas, los sujetos primordiales de nuestra investigación, sólo en contadas ocasiones se expresaron personalmente, o sea tuvieron voz propia en la documentación. La realidad indígena se encuentra presente pero de manera muy mediatizada, a través del discurso de los actores españoles de este drama, que nos brindan una aproximación fragmentaria y traducida a su propia comprensión del mundo indígena. Las características de los papeles coloniales, que se presentan bajo la forma de pleitos entre encomenderos, partes de guerra, informes eclesiásticos, etc., condicionaron desde el comienzo los datos referentes a esos sujetos primordiales de nuestra historia (Lorandi y Bunster 1987-88: 221-222), interfiriendo en el "diálogo" que hubiésemos deseado mantener con

ellos. A esto es necesario sumarle otros tipos de problemas, tales como la fragmentación de la información al interior de cada documento, la falta de continuidad en los datos, la dispersión en distintos repositorios debido a que el valle estuvo hasta fines del siglo XVII bajo dos jurisdicciones: la de Salta y la de San Miguel de Tucumán (desde la fundación de San Fernando de Catamarca en 1683 un tercer sector ha quedado bajo su jurisdicción).

Dentro de las fuentes relevadas para nuestra investigación se destacó el corpus denominado "Documentos relativos a la guerra que hizo Alonso de Mercado y Villacorta a los indios calchaquíes" años 1657-1659 (que identificaremos como Autos de Pedro Bohorquez)¹. Este corpus reúne la documentación relativa a la llegada de Pedro Bohorquez a la región calchaquí, tema sobre el cual presentamos un capítulo aparte. Para nuestro objetivo presente, su importancia radica en la minuciosidad con que se relatan los hechos concernientes a la campaña de pacificación que el gobernador Alonso de Mercado emprendió desde Salta para sofocar la resistencia calchaquí. Entre estos papeles destacamos los partes de guerra que proveen localizaciones precisas, identificación de pueblos y *curacas*, y relaciones de conflicto y/o alianza entre ellos y con los españoles, así como datos demográficos y políticos. Se utilizaron también los informes del gobernador Albornoz sobre sus campañas de pacificación fallidas realizadas en el valle en la década de 1630, y en general los de todas las "entradas" que con idénticos objetivos se habían producido desde 1535 en adelante. Se compulsaron documentos eclesiásticos y crónicas generales, probanzas de méritos, cartas y todo tipo de papel militar, jurídico o administrativo que tratara sobre el valle.

Nuestra evaluación sobre la naturaleza de las fuentes nos llevó a considerar la perspectiva interaccionista como la que probablemente nos permitiría explorar nuestro tema con mayores probabilidades de éxito (Lorandi y Boixadós, op.cit.: 267-276). La investigación se concentró en la identificación de las unidades étnicas que habitaban el valle, como un espacio que debía entenderse en sus límites más amplios, es decir las cuencas de los ríos Santa María o Yocavil y Calchaquí, que se articulan en el sector de Cafayate. En el plano teórico general nos apoyamos en Frederic Barth (1979), focalizando el problema de la identificación étnica en base a la autoadscripción y la identificación por los otros, dejando de

lado otros aspectos como la autoperpetuación biológica (se admite que los intercambios biológicos no necesariamente alteran la identidad bajo condiciones controladas), la cultura compartida, que puede abarcar a muchas unidades políticas y étnicas diferentes, o la integración en un campo más amplio de comunicación e interacción. Con esto quisimos apartarnos de las interpretaciones arqueológicas que tienden a confundir estos niveles y atribuir unidad política a segmentos territoriales que comparten una misma base cultural, o que interactúan en términos de intercambio.

Aún en este marco limitado, la tarea no fue fácil. La autoadscripción es rara, por el escaso protagonismo directo de los actores indígenas en los documentos referentes al valle Calchaquí. En este sentido las identificaciones más frecuentes quedaron atadas a la percepción de los propios conquistadores o bien a la que obtuvieron de pueblos previamente sometidos (Lorandi y Bunster, op.cit.: 223-227). Por otro lado tuvimos que enfrentar serias dificultades para reconocer las unidades étnicas y/o políticas más amplias, dado que en la mayor parte de los informes se optó por hablar de **parcialidades** frente a la notoria fragmentación del poder político. Con esta palabra comodín se aludía a partes de un todo que nunca -o casi nunca- se definía. Por su parte, los escasos testigos indígenas directamente interrogados se autoadscribían a la unidad de referencia menor, o sea al **pueblo**, que probablemente identificaba su comunidad de interacción inmediata, y que coincide con el territorio nuclear de residencia. La pregunta que nos planteamos fue la siguiente: ¿cómo pasar, entonces, de este nivel de **pueblo** a otros mayores cuando las indicaciones precisas están ausentes? En general es imposible solucionar este problema con un solo tipo de fuentes. Fue necesario buscar otras que tuvieran finalidades discursivas independientes y cruzar los datos o arrimar evidencias convergentes para tratar de aclarar el problema por aproximaciones sucesivas. Además de discutir estos aspectos metodológicos en detalle en uno de los trabajos (Lorandi y Boixadós 1987-88) realizamos una investigación paralela (Lorandi y Bunster 1987-88) que nos permitió construir instrumentos de análisis y discusión para guiarnos en la dilucidación de estos interrogantes que expondremos en el próximo apartado.

Para avanzar en la identificación de las unidades políticas, necesitábamos también definir el alcance demográfico y territorial de cada una de ellas. Para ello

consideramos la existencia de núcleos de asentamiento, tal como se reflejan en las ruinas de los grandes pueblos del valle, y la posibilidad de la existencia de una ocupación de tipo "archipelágico" vertical u horizontal que regulara el acceso a recursos. En algunos casos pudimos disponer de datos precisos, tales como número de pueblos de una jefatura y estimaciones demográficas; en otros recurrimos a evidencias indirectas, interpretando las alianzas o rastros de dependencia y/o conflictos que fueron discutidos en cada caso con mucho detalle.

EL ESPACIO Y LAS CATEGORÍAS SOCIALES

Por las características de la ocupación colonial que hemos heredado, el eje geográfico de las zonas montañosas pasa por el centro de los valles, a lo largo de sus ríos principales. El transporte a caballo determinó este eje por su mayor factibilidad, acrecentada luego porque estos fondos de valle eran los más aptos para los cultivos coloniales, y en general, mejores para la instalación humana dentro de los patrones y técnicas europeas más usuales. La arqueología ha mostrado cabalmente que éste no era el modelo dominante en nuestros valles en tiempos prehispánicos tardíos, cuando sus ocupantes habían adquirido experiencia de siglos en el manejo del ambiente y las mayores áreas de ocupación agrícola y pastoril ocupaban las laderas y tierras altas. Los asentamientos o pueblos fueron instalados en zonas intermedias, no muy lejos de los campos de cultivo, aunque esto no excluye instalaciones en las cumbres con fines defensivos o ceremoniales. Los estudios arqueológicos y etnohistóricos más diversos confirman que los ejes de ocupación real, y en parte los simbólicos, manifestados en la adoración a los cerros, se encuentran con frecuencia en las altas cumbres.

En el caso del valle Calchaquí, uno de los ejes está conformado por la sierra del Cajón y los cordones orientales de la Puna meridional. La ocupación se realizó sobre ambas vertientes, tanto la que forma el límite occidental del valle de los ríos Santa María-Calchaquí, cuanto la ladera oriental del valle del Cajón, y las quebradas de acceso a la Puna un poco más al norte (el Luracatao, por ej.). La intercomunicación transversal aprovechaba los pasos de altura y la conexión horizontal se hacía por las altas cumbres, y no por los fondos del valle. El otro

eje está conformado de sur a norte por la Sierra de Aconquija, las Cumbres Calchaquíes y la Sierra del Obispo. El contexto es similar, en este caso con mayores relaciones con la vertiente oriental de las sierras, por la que se accede a las llanuras tucumano-santiagueña y al valle de Salta. En el extremo norte, el valle da acceso a la Puna y en el meridional la sierra del Cajón se interrumpe a menor latitud que el Aconquija, abriéndose sobre el amplio Campo del Arenal, que se extiende hasta chocar con las cadenas de Capillitas y Santa Bárbara, que conforman una barrera transversal que dificultan las comunicaciones con el resto de la actual provincia de Catamarca. Atravesando Capillitas hacia el sur se accede a Chaquiago y Andalgalá y un poco más al oeste encontramos el paso formado por el valle de Hualfin, en cuya desembocadura encontramos las ciudades de Belén y de Londres. Este valle de Hualfin, habitado por los **mal fines**, no debe confundirse con otro pequeño valle homónimo que se encuentra hacia el oeste del río Calchaquí, en el sector salteño de nuestro valle, donde habita otro grupo llamado también **hualfin** o **gualfin**.

Si bien los ejes montañosos longitudinales fueron las columnas vertebrales para sostener las relaciones políticas, no debemos subestimar la importancia de los cursos principales de los ríos Santa María (o Yocavil) al sur y Calchaquí, al norte y que se unen en Cafayate. Ante todo eran también ricas áreas de cultivo y de recolección de algarroba, un alimento cuya importancia ha sido poco considerada hasta el momento, pero que ocupa un lugar primordial en la dieta de estas poblaciones y donde también se asentaron los pobladores jerárquicamente más alejados del núcleo de la élite, como lo muestra el ejemplo de Rincón Chico (Tarragó 1987). Lo que interesa en todo caso es señalar que el río pudo ser también un *chawpi*², frontera y a la vez punto de unión, dentro del macrosistema del valle. Lugar de encuentro y conflicto entre las dos mitades simbólicas en las que pudo dividirse el espacio global. Una de nuestras preocupaciones fue tratar de entender los mecanismos de control de recursos, jugando con las variables ecológica y política y bajo el principio general del dinamismo y las transformaciones adaptativas de las relaciones y estrategias interétnicas frente a las presiones directas o indirectas del mundo colonial. Debemos recordar que el cuadro resultante de nuestras investigaciones refleja la situación del valle durante los siglos XVI y -sobre todo- el XVII y que la proyección de este modelo hacia el pasado se apoya en los escasos datos arqueológicos que pudieron ser utilizados para

comprender la situación en tiempos prehispánicos. Este punto es muy difícil de resumir, de manera que remitimos al lector al trabajo original; en este caso hemos utilizado sólo la mínima información necesaria para dar coherencia a nuestros argumentos.

Las presiones coloniales fueron definiendo y modificando el panorama político de la región que había sido previamente muy alterado por la ocupación incaica. Al trabajar con las fuentes más tardías, de mediados del siglo XVII, comprendimos que las identificaciones étnicas se concentraban en el micronivel de pueblos y/o de jefaturas, según los casos, pero que existían muy pocas referencias a las macrocategorías, en especial lo *diaguita*, que supuestamente englobaba a todas las demás. Fue así que decidimos realizar un análisis seriado de las fuentes, siguiendo un eje cronológico y partiendo de las primeras entradas de Diego de Almagro y Diego de Rojas al valle Calchaquí.

En el trabajo de Lorandi y Bunster el objetivo fue el de hacer un análisis de las categorías etnológicas y espaciales contenidas en tres series controladas de documentos que muestran una cierta coherencia interna. Dentro de cada una de ellas seleccionamos citas que se consideraron representativas para identificar grandes categorías étnicas o espaciales, teniendo en cuenta la frecuencia con las que aparecía la información y a fin de controlar si existían reiteraciones o alteraciones referenciales a través del tiempo. En relación con cada una de las series se tuvieron en cuenta las condiciones específicas de producción (condición social y política del autor, existencia de escribanos, formatización jurídica de los testimonios de los testigos, época en que se produce el documento y otros problemas particulares, que fueron detenidamente especificados), cuyos detalles pueden consultarse en los trabajos originales.

La primera serie está compuesta por las Probanzas de Méritos y Servicios de los conquistadores. Corresponden a testimonios ofrecidos por los hombres de las primeras entradas, con lo cual fue necesario controlar muy cuidadosamente el momento en que escribieron, si habían tenido contactos posteriores con la región y otras variables que condicionaran sus discursos. Entre ellas observamos la forma en que aplicaron las categorías europeas a la nueva realidad valliserrana, así como aquellas que provenían de su previa familiaridad con el mundo andino

central; doble extrapolación que muchas veces se resolvía en notorias ambigüedades frente al nuevo sujeto con el que se enfrentaban. "Los cronistas iniciales crearon una nueva geografía" nos dice Franklin Pease (1988: 123), a lo que podríamos agregar que ésta primero reproduce y se adapta a la invención del espacio previamente efectuada por los incas.

La segunda serie está compuesta por cartas del gobernador Felipe de Albornoz, escritas con el propósito de informar a la Corona, sin que se observe la intención de pasar a otra dimensión testimonial. Las cartas, en general, tienden más a lo documental que a lo textual y son portadoras de mensajes que reemplazan la inevitable falta de copresencia entre el destinador y el destinatario (Mignolo 1982). Son breves por naturaleza, y tienen un carácter informativo general.

La tercera serie son los Autos del Proceso a Pedro Bohorquez, que ya mencionamos. Utilizamos en particular los partes y consejos de guerra levantados por el gobernador Alonso de Mercado y Villacorta durante la campaña de 1659. Son de gran valor testimonial porque presentan una lógica interna particular, en especial en la identificación etnológica y territorial, ya que expresan la necesidad de conocer en detalle al enemigo contra el cual debían combatir.

En las probanzas de los conquistadores que acompañaron a Rojas, Gutiérrez y Heredia en la entrada de 1543-45 el vocablo "parcialidad", que se popularizará más adelante, está prácticamente ausente. Por el contrario, en las mismas el espacio está definido a partir de las grandes provincias incaicas. En estos casos, *provincia* tiene una connotación específica, referida a las subdivisiones administrativas impuestas por el Cusco. Dentro del espacio del valle geográfico formado por los ríos Calchaquí y Yocavil, se reconocieron dos grandes provincias incaicas, la de Chicoana (que probablemente se iniciaba en la puna) y terminaba en Atapsi (en las proximidades de Seclantás) y la de Quiri-Quiri que comenzaba en Pompona (Angostura) y se extendía más allá de los valles, al menos hasta Shincal (Londres actual). La provincia de Chicoana reconocía al pueblo homónimo como su cabecera (hoy La Paya); y Quiri-Quiri tenía una de las suyas en Tolombón, siendo posiblemente la otra el propio Shincal. Como ya lo expusimos en el Capítulo I, creemos que hacia el este dichas provincias colindaban, atravesando los *Antis* (Cumbres Calchaquíes y Sierra de Aconquija), con la provincia inca de Tucumán, que pudo incluir también el Campo del Pucará y el valle de Catamarca.

Ahora bien, observamos también que "provincia" alude a otras dos categorías encapsuladas, con definidos contenidos étnicos. La mayor hace referencia a grandes grupos étnico-lingüísticos, fundamentalmente expresado en la identificación del concepto de *diaguita* con poblaciones de habla *kakana*, lengua que se extiende también fuera del valle en las provincias de Catamarca y La Rioja; o étnico culturales, como *jurí*. Si recordamos la forma en que se identificaba a la jurisdicción española que se establece en estos territorios, veremos que Provincia de Tucumán, Juríes, Diaguitas y Comenchigones, reproduce el contenido étnico atribuido a la categoría **Provincia**³. El segundo nivel, por su parte, se refiere a la provincia "de" Calchaquí o Calchaquí. En este caso hay una polisemia inscrita en casi todas las citas seleccionadas, a saber:

a) Se hacen referencias a que los de Calchaquí comparten la lengua *kakana* y en tal sentido hay citas que los incluyen entre los *diaguitas*.

b) Se hace referencia a un sub-grupo étnico, probablemente a una jefatura de límites amplios o abarcativos, en términos muy laxos.

c) Se hace referencia específica a los indios gobernados por Juan Calchaquí cuya amplitud de poder (fuera del liderazgo generalizado) en términos demográficos y territoriales nos resulta poco clara, desde el momento que por su importancia Juan Calchaquí proyecta su nombre en ocasiones a todo el valle (en otros a sus sectores central y sur o sólo al central) y a sus pobladores, sin distinguir, en estos casos, las diferencias étnicas reales que subyacen detrás de esta categoría general.

Simultáneamente se utiliza el término *valle* en el sentido de sector ocupado por un determinado grupo étnico o controlado desde una cabecera como una unidad política. Así, la provincia de Chicoana, también es identificada como valle de Chicoana, lugar donde habitaban los indios **pulares**. El mismo intercambio de significados se produce en el caso de Quiri-Quiri, sector donde habitaban los **indios de Calchaquí**. El sentido de *valle* oscila entre lo vagamente geográfico y lo territorial, según el uso moderno, a lo étnico-político como ya lo ha notado Susan Ramírez Horton (1981) para la costa del Perú. En su opinión, "valle no debe ser entendido en su sentido geográfico moderno [sino que] vienen a ser los curacazgos que existían al momento de la conquista" (pág 285); aún si hay territorialidad discontinua.

Casi un siglo más tarde, las cartas del gobernador Albornoz revelan que por un lado, ya han desaparecido todas las referencias a las provincias incaicas. Por el otro, que se ha ingresado a un conocimiento más pormenorizado sobre las diferencias étnicas, mientras se van dejando de lado las macrocategorías, que se utilizan sólo en determinados contextos discursivos. Como Albornoz llega al Tucumán directamente desde España, la seriación de sus discursos permite observar sus avances en el conocimiento de las realidades regionales. Tal es así que a su arribo, utiliza el término *ayllu*, que había sido cuidadosamente eludido en los papeles locales. Más adelante lo reemplaza por **pueblo**, aunque tales categorías no sean comparables desde el punto de vista etnológico.

Respecto al término *valle*, lo utiliza de la siguiente manera: a) "un cierto pedazo de valle y pedazo de sierra que llaman de Calchaquí"; b) "un valle llamado de Calchaquí, donde habrá cerca de cuatro mil indios de guerra y más de doce mil almas todas, ..."; c) [se me pidió que poblara] "un valle que está en su jurisdicción llamado de Calchachi". Los territorios aludidos son acotados, pero al mismo tiempo tienen una connotación topográfica, como ocurre con la cita a). En ella Albornoz se refiere a un fondo de valle y a la sierra que lo delimita y sobre la cual tienen jurisdicción los de Calchaquí, en la cual la preposición *de*, como signo de posesión, prevalece en todas las citas. Por otra parte, a esa altura de los acontecimientos, Albornoz no debía ignorar la historia previa del valle Calchaquí, por lo tanto sus referencias pueden contener una polisemia expresa. Entre otras cosas porque sin decirlo, parece querer diferenciar al sector Calchaquí del valle (en este caso nuestros sectores central y meridional) del que corresponde a los **pulares**, en general considerado como una subregión diferente, por razones culturales (?) pero sobre todo conductales, como lo veremos más adelante. Tenemos entonces que el vocablo *valle* es utilizado con diversas connotaciones semánticas, a saber:

a) Como sector específico donde se inscribe un determinado territorio político.

b) Como sector que comparte una misma conducta social y política (la resistencia).

c) Como región geográfica.

En esta época el término **pueblo** también contiene una evidente polisemia. Por un lado se refiere a grupos específicos, en los cuales **pueblo** comparte significados con **parcialidad**. Por ejemplo: a) "*fue por la alianza que los dichos indios de calchaquí hacían con los indios lules, diaguitas, cochinos y omaguacas y otras parcialidades...*"; b) "*convocándose los más de los pueblos de dicho valle contra los españoles...*"; c) "*y por haber hallado en dicho valle y camino alzados los pueblos de los indios Lurucataus, Sichagastas, Tasquigastas, Gualfingastas, Amimanaes y otros que estaban confederados*". A pesar de la polisemia y el encapsulamiento, el discurso de Albornoz revela que intenta connotar **parcialidades** con el sentido de grandes grupos étnicos y a **pueblos** con unidades políticas, a los que probablemente no haya podido diferenciar étnicamente con claridad, o bien simplemente a asentamientos o localizaciones precisas. Con el tiempo **pueblo** se reducirá a esta última acepción.

Los comentarios antecedentes no responden a un vano ejercicio de análisis de discurso. De la discusión de la polisemia de estos conceptos dependerá la interpretación sobre problemas de identidad y diferenciación étnica, límites y dificultades de establecer esa diferenciación, o naturaleza de la estructura (parcialidades semi-independientes con nombres diferentes que multiplican falsamente los grupos étnicos en desmedro de las unidades mayores), entre otros.

Los papeles militares de Mercado y Villacorta durante su campaña de Calchaquí en 1659 nos informan sobre la localización y relaciones políticas de las poblaciones entre Chicoana al norte y Quilmes al sur, pueblo donde es derrotado y obligado a retroceder y regresar a Salta. La mayor parte de los datos han sido utilizados en el trabajo de Lorandi y Boixadós para la identificación final de los pobladores del sector central del valle y al comentar este trabajo, veremos las interpretaciones que fue necesario desbrozar para cumplir con el objetivo de comprender la estructura política del valle.

LOS GRUPOS ÉTNICOS. ORIGINARIOS Y 'ADVENEZIZOS'

Los habitantes del valle Calchaquí fueron calificados por los españoles como bárbaros, indómitos, caribes, y en perpetua lucha entre ellos. La mayor parte de los adjetivos revelan valoraciones negativas. Una de las consecuencias

de nuestra investigación (Lorandi y Boixadós op.cit.) consistió en descubrir que los conflictos interétnicos más frecuentes se producían entre pueblos originarios y los llamados "advenedizos", y que estos pertenecían a dos grandes categorías: 1) los descendientes de antiguos *mitmakquna* incaicos y 2) migrantes coloniales que buscaron refugio en el valle para eludir las obligaciones hacia sus encomenderos. Esto nos aconseja exponer en primer lugar, los efectos de la ocupación incaica y la problemática que de ello se deriva, pues resulta imposible comprender la estructura social y el modelo de ocupación del espacio que se observa en los siglos XVI y XVII si no tenemos en cuenta esta variable. Los migrantes coloniales serán presentados al analizar en su conjunto la estructura sociopolítica del valle en los siglos mencionados.

Los mitmakquna incaicos

Sólo cuando la arqueología de las sociedades complejas nos provea de mejores evidencias sobre la diversidad cultural preincaica, estaremos en condiciones de formular hipótesis sobre la estructura étnica y sobre la amplitud de las unidades políticas que prevalecían hasta fines del siglo XV. Por el momento, estamos intentando una reformulación de la problemática que se vincula con la incorporación del Noroeste al Tawantinsuyu y con los efectos que tuvo la política de implantación masiva de *mitmakquna* en la alteración del mapa étnico y en los procesos de mestizaje posterior. Sobre este tema hemos aportado información en los mencionados textos de Lorandi y Boixadós y Lorandi y Bunster con quienes analizamos la información etnohistórica y con Cremonte y Williams para la arqueológica. Williams ha analizado las asociaciones cerámicas en el establecimiento estatal Potrero-Chaquiago (que aunque se encuentra fuera del valle, controlaba uno de sus accesos, y además compartía la misma problemática respecto a los *mitmakquna*) y Cremonte ha estudiado centenares de fragmentos cerámicos y de muestras de arcilla para verificar el origen local o importado de la alfarería, en particular a través de la tecnología empleada y otros problemas conexos, con el objetivo de verificar arqueológicamente nuestras hipótesis referentes a la instalación de *mitmakquna* en diversos centros incaicos.

Las fuentes coloniales traen escasas menciones sobre este tema y cuando lo hacen, insisten en repetir que los indios no tributaban al Inca. Sin entrar a dis-

cutir este último punto, o mejor para poder hacerlo, es necesario analizar primeramente la procedencia y distribución de los *mitmakquna*. Para el caso específico del valle Calchaquí disponemos de una serie de citas que se encuentran en los textos del padre Lozano. En su *Historia de la Conquista del Paraguay, Río de La Plata y Tucumán*, Lozano menciona una tradición vigente en el valle Calchaquí que confirma la ocupación inca mediante la instalación de tambos y el asentamiento de *mitmakquna*.

[...] lo segundo con el pueblo y asiento que llaman de *Chicoana* [...] porque para seguridad de esta conquista, mandó el Inga poner en aquel paraje [...] un fuerte presidio, cuya guarnición venía a sus tiempos, desde el valle de *Chicoana* cercano a su corte del Cuzco [...] y por esta razón llamaron a aquel sitio el Asiento de *Chicoana en memoria de su patria* (énfasis nuestro, Lozano 1874: IV,8).

Más adelante Lozano transcribe la opinión de un misionero que trató de evangelizar a los indios del valle, quien afirmaba que los incas "temblaban" ante el nombre de los *calchaquíes*, y que los consideraban "indómitos, fieros y caribes". Si estas palabras son ciertas y no ponen en boca de los aborígenes las opiniones de los españoles, la tradición oral que perduraba en el valle daba cuenta de la política represiva que el Cusco debió utilizar para conquistarlos. En el libro V de la misma obra, nuestro historiador reproduce y amplía esta información, consignando que los del valle Calchaquí se rebelaron dos veces contra el yugo de los incas, y que en represalia, se ordenó "que destruyesen a todos sus moradores" (Lozano 1874: V,71).

De estas citas se desprende que el valle fue duramente castigado. Probablemente, incluso, una parte de sus moradores fueron trasladados a otras regiones, como lo sugiere la presencia en Cochabamba, Bolivia de alfarería con decoración "santamariana", típica de los valles calchaquíes, aunque en este caso elaborada con las arcillas locales de su nuevo lugar de residencia. La cita sugiere también, que para controlar Calchaquí y reemplazar a la población desnaturalizada o diezmada, se asentaron grandes contingentes de *mitmakquna* y finalmente que éstos, al menos en parte, provenían de las proximidades del Cusco, aunque hasta ahora no hemos podido probar arqueológicamente la presencia de alfarería de

Sicuani o Chicoana en estos establecimientos. Sin embargo, los datos que ha publicado Luis Glave (1989) sobre la provincia de Canas, donde se encuentra el Sicuani o Chicoana mencionado por Lozano, sugieren que fue también una región bastante castigada por los cusqueños, habiendo sufrido no sólo un despoblamiento de originarios, sino una significativa recolonización de su territorio. Hay varios *ayllus*, parcialidades y tierras de la provincia de Canas cuyos nombres se re-producen en la toponimia del valle Calchaquí, tales como el ya mencionado Chicoana, que corresponde a La Paya actual, Poma, Cachi, Luracatao, y esto no debe sorprendernos porque toda colonización va acompañada con una colonización del espacio y del paisaje. Además estos topónimos ayudan a localizar las zonas donde se instalaba a cada uno de los grupos trasladados y con esto los patronímicos se transformaron en topónimos. Veremos luego que este fenómeno se reproduce en otros casos.

Ahora bien, el dato más importante referente a estos *mitmakquna* de la provincia de Canas proviene del pueblo de Oruro u Orurillo, (ubicado en las proximidades de Sicuani o Chicoana) donde hemos localizado un *ayllu mapacioca*⁴, cuyo nombre coincide con una parcialidad emparentada con los *tolombones*, grupo étnico, a su vez, (aparentemente) originario, que ocupaba el centro del valle y cuyo *curaca* en 1560 fue Juan Calchaquí. La información sobre el origen de los *paciocas* adquiere especial relevancia porque son éstos los que reciben y amparan al español Pedro Bohorquez que llega al valle autotitulándose descendiente de los linajes reales de los incas. Si efectivamente los *paciocas* procedían de esta zona próxima al Cusco, su estrategia de reflatar las glorias del Imperio y con ello reimpulsar la resistencia de las poblaciones del valle Calchaquí no parece desprovista de lógica, teniendo en cuenta que en el entorno de la antigua capital de los incas se encuentra el semillero en donde se alimentará, en tiempos coloniales, la utopía de restauración del Imperio (Urton 1989). Lo que resulta interesante es que a pesar de su parentesco con nativos de nuestro valle -lo que implica algún grado de mestizaje- los *paciocas* no perdieron su identidad mientras se conservaron libres de la ocupación española, como reiteradamente lo sostuvo Boixadós mientras realizábamos el trabajo y antes de conocer este dato sobre su posible origen sur-cusqueño (Lorandi y Boixadós 1987-88: 331-341).

En numerosos asientos incaicos del valle Calchaquí y en Potrero-Chaquiago se han localizado alfarerías que provienen del altiplano meridional, en especial del área *chicha*, pero elaborada con arcillas locales, según los estudios de

Cremonte (Lorandi y Cremonte 1991). Hay una referencia etnohistórica que apuntala en parte estos últimos datos y proviene de un *curaca* de los *asanaques* llamado Juan Colque Guarache que habitaba en el altiplano boliviano, quien afirma en una probanza de méritos que sus indios acompañaron a Tupa Inca a la conquista del Tucumán (Espinoza Soriano 1981).

Ahora bien, no todos los *mitamakquna* provenían del altiplano. La gran mayoría fueron trasladados desde la franja fronteriza de la zona serrana que se extiende a lo largo de las sierras subandinas, tomando algunos valles de la vertiente oriental, la ceja de selva, el piedemonte y el borde de la llanura adyacente. Los incas debieron establecer relaciones de vasallaje con sus pobladores, concediéndoles tierras en los valles templados del oeste, a cambio de prestaciones y colaboración en el control de los originarios, como hicieron en otras zonas de la frontera andina (Renard-Casevitz, Saignes y Taylor-Descola 1986; Lorandi 1980). En el norte del valle Calchaquí los *pulares* pudieron pertenecer a esta categoría (aunque veremos una discusión crítica sobre este punto). Al menos no se los consideraba del tronco *diaguita* y se distinguen del resto por una conducta contradictoria frente a las alianzas intervalles e incluso con respecto a los españoles.

Varios establecimientos estatales recibieron el nombre Tucumanao o Tucumangasta, o sea pueblos (indicados por la desinencia *ao* o *gasta* en lengua *kakana*) de *tucumanos*, con lo que se señala que eran *mitamakquna* que provenían de la actual provincia de Tucumán (y de Santiago del Estero). Según Cieza de León, éstos se ofrecieron como vasallos y

“[...] concertaron que su amistad fuese perpetua, e ellos obligados a no más de guardar aquella frontera” (Cieza de León, Guerras Civiles [1553] 1947, cap. 91.)

Estos *tucumanos* cumplieron además con prestaciones diversas, en especial artesanales, como lo demuestra la gran cantidad de alfarería de sus estilos originarios hallados en los establecimientos incas de la región (Lorandi 1984b; Williams y Lorandi 1986; Lorandi, Cremonte y Williams 1988; Lorandi y Cremonte 1991). Esta relación privilegiada con los incas se reprodujo frente

a los españoles en los primeros momentos de la conquista (Herrera [1601-15] 1934: VII, IV, cap. 2). Uno de los fundadores de la ciudad de Londres, Blas Ponce afirma también que el Inca tenía más de 20.000 *mitamakquna* en la provincia de Londres o Quiri-Quiri (Medina 1882-1902), que como vimos incluye el sector central y meridional del valle Calchaquí. Muchos de estos *mitamakquna* no regresaron a su patria después de 1533 y prefirieron permanecer disfrutando de los privilegios obtenidos por los incas. Como en tantas otras zonas del Perú, esta situación provocó no pocos conflictos con los originarios que reclamaban por sus antiguas tierras. En el valle Calchaquí estos últimos, incluso, buscaron el apoyo de los españoles durante algunas de sus “entradas” para tratar de expulsar a los llamados “advenedizos”.

Como resultado de la implantación del Tawantinsuyu en los valles pueden señalarse algunas consecuencias sustanciales: a) eliminación por abatimiento o desplazamiento de una parte de la población original; b) conociendo la política inca frente a las poblaciones que ofrecían resistencia, es probable que los señores que no fueron expulsados debieron sufrir grandes recortes en la esfera del control demográfico y territorial; c) en el caso de los que habitaban en el centro del valle, como los *tolombones* por ejemplo, es probable que quedaran sujetos a los caciques de los *mitamakquna* con quienes debieron compartir su espacio vital; d) las tierras que quedaron vacantes fueron entregadas a estos “advenedizos”; e) hacia 1533, a la caída del Imperio, el valle se presentaba poblado por un mosaico multiétnico, que hemos agrupado en grandes sectores: 1) área norte o “valle de los *pulares*”, con eje en el río Calchaquí; 2) área central o Calchaquí, con eje en el extremo sur del río Calchaquí y el extremo norte del río Santa María o Yocavil y 3) área sur o “valle Yocavil”, con el mismo eje geográfico marcado por el río homónimo.

Las poblaciones del valle Calchaquí en los siglos XVI y XVII: originarios y advenedizos coloniales

Area del valle de los pulares. Los españoles denominaron “valle de los *pulares*” al sector comprendido entre la Poma al norte y el pueblo de Atapsi al

sur, topónimo hoy desaparecido, pero que a principios del siglo XIX estaba todavía vigente en las proximidades del actual pueblo de Seclantás. La mayoría de las fuentes presentan a los **pulares** como un grupo homogéneo, mejor considerados por los españoles por haber actuado como "indios amigos" durante los grandes levantamientos generales de 1630 y luego, a pesar de haberse asociado a Pedro Bohórquez, por quedar al margen del conflicto cuando Mercado y Villacorta inició sus campañas de represión en 1659. Además desde muy temprano asistieron, aunque irregularmente, a cumplir con sus mitas a sus encomenderos salteños. En el área **pular** los incas instalaron importantes centros administrativos y numerosos *mitmakquna*, por lo cual en primer término tenemos que preguntarnos por qué se lo ha considerado como un grupo homogéneo. Las referencias sobre los **pulares** pueden ser clasificadas en tres grandes grupos: a) como los habitantes, en general, del valle (en realidad sector del valle) al cual otorgan su nombre; b) como habitantes de un poblado específico como por ejemplo Cachi, Atapsi o los de la "frontera de Salta"; c) como "nación", para diferenciarlos de los **diaguitas**, entre los cuales a veces se incluye a los habitantes de los sectores medio y sur de los valles Calchaquíes. Esta clasificación se organiza a partir del análisis de autoadscripciones, identificaciones de otros indios, y de los españoles. A su vez, observando en detalle las cédulas de encomienda, hemos identificado por un lado a los **pulares** denominados "propriadamente dichos" y que eran los que habitaban las proximidades de las cumbres del Obispo, en la quebrada de Escoipe (formando probablemente un parcialidad **escoipe** dentro del grupo mayor) y que aparentemente tenían tierras en ambas vertientes de la sierra. Estos fueron encomendados por Hernando de Lerma en 1582. El resto de los pueblos que ocupaban la cuenca central del valle, tales como Atapsi, Cachi, Chicoana y Payogasta fueron encomendados en forma individual a distintos encomenderos.

El pueblo de Atapsi pertenecía también a los **pulares** y era considerado el límite sur de su territorio. Las identificaciones en este caso no dejan dudas sobre la identidad ni sobre la función del poblado. El caso de Payogasta es más complejo. Ante todo existe un asentamiento estatal sobre el camino inca que conduce a Santa Rosa de Tastil, denominado Potrero de Payogasta, pero probablemente fue abandonado después de 1533. Próximo al pueblo actual de Payogasta, que se encuentra en el fondo del valle, existió un gran poblado local, conocido en

literatura arqueológica con el nombre de Valdez. A los nativos de este pueblo se los denominó "naturales de Payogasta" (en el valle de Pulares), pero no se hablaba de ellos como **pulares** propiadamente dichos.

El caso de Chicoana (actual La Paya) merece un párrafo aparte. Como ya vimos, pudo ser la capital de una provincia incaica, habitada por *mitmakquna* provenientes de Sicuani o Chicoana. En este asiento se observan también las mayores mezclas estilísticas en la cerámica, todas ellas señalando la presencia de rasgos altiplánicos que se intercambian en distintas proporciones con el estilo inca cusqueño y con los santamarianos locales. En general las evidencias arqueológicas que hemos discutido extensamente en el ensayo original, demuestran que este lugar pudo ser la sede de un conjunto de colonos multiétnicos, incluidas muchas *mamaconas* o mujeres destinadas a labores artesanales, como lo muestra el análisis de los restos óseos de las tumbas (Calderari, inf. personal). Chicoana fue también un gran centro de almacenamiento de alimentos y productos diversos, de allí la importancia que tuvo para Almagro cuando se detuvo en el sitio para abastecerse en su viaje hacia Chile. La información etnohistórica a su vez, menciona a los habitantes de Chicoana como "los de Chicoana", "indios de..." o expresiones similares. Por contraste con pueblos netamente **pulares**, en los casos de Chicoana, Payogasta o Luracatao, la ausencia de identificaciones étnicas precisas resulta un rasgo que debe ser cuidadosamente analizado. El moderno análisis del discurso nos enseña que lo "no dicho" contiene también su mensaje. Nuestra interpretación, en estos casos, es que los españoles no los definen porque no pueden hacerlo. De allí inferimos, hipotéticamente, una cierta multiétnicidad en el poblamiento de estos antiguos centros o áreas de colonización incaica, que sabemos pueden ser comparados con otras regiones del Tawantinsuyu como los valles de Cochabamba, Abancay o Yucay en los Andes centrales o en casos aún no probados como los pueblos de Casabindo y Cochino en la Puna argentina.

En el caso de Cachi, las informaciones son ambiguas. En ocasiones se habla de **pulares** de Cachi, en otras de "los del pueblo de Cachi". La arqueología también sugiere una ocupación multiétnica. De todas formas, en el análisis de la conducta política, aparecen siempre aliados a los restantes **pulares** del valle.

A toda esta información pormenorizada debemos agregar dos datos importantes: 1) la mayor parte de los **pulares**, o al menos los indios de Payogasta,

Cachi y Chicoana hablaban *quechua*, a diferencia de las restantes poblaciones del valle; 2) los **pulares** no acompañaron a Pedro Bohórquez a Pomán en el encuentro con el gobernador, por lo tanto no disponemos de datos demográficos que provienen de la presentación que se hiciera en esa oportunidad y además pone en duda la referencia de Torreblanca, sobre el apoyo otorgado a Bohórquez.

Area central o Calchaquí. Utilizamos la denominación de área o sector Calchaquí para designar el segmento geográfico comprendido entre Pompona (tal vez en las proximidades de Angostura, según nuestros cálculos) al norte, y Colalao al sur, recorrido por el tramo meridional del río Calchaquí y el tramo norte del Santa María o Yocavil. Actualmente este sector pertenece a las provincias de Salta y Tucumán. En tiempos incaicos correspondía al extremo norte de la extensa provincia de Quiri-Quiri. Es probable que el mismo nombre se le haya adjudicado al pueblo de Tolombón, como cabecera de la provincia. Este dato proviene de las informaciones sobre la entrada de Diego de Almagro, pero es totalmente provisorio. La generalización de la designación Calchaquí proviene del gentilicio Calchaquí, aunque los habitantes de esta región nunca se autoadscribieron como tales, ni lo hicieron otros indígenas ni los españoles cuando se realizaban referencias específicas, excepto para señalar a los que se encontraban bajo la directa autoridad de Juan Calchaquí, o de sus descendientes. Lo más corriente es que se hable del pueblo de Tolombón como pueblo de **tolombones** y **paciocas** y por otro lado que se mencione un "sitio" de los **paciocas** y finalmente a los **colalao**s que ocupaban el límite meridional de este territorio étnico. Por otra parte es bueno recordar que en este sector del valle también se iniciaba la llamada **área diaguita**, netamente diferenciada de la **pular** que era explícitamente excluida de este macro grupo étnico-lingüístico.

Aunque en ocasiones Calchaquí se utilizase con un sentido más amplio, dentro del área se distinguían varios grupos, identificados de tal manera que no sabemos si se trataba de unidades social y políticamente diferentes o, en algunos casos, de parcialidades incluidas en una unidad mayor. Así, podemos mencionar a los **luracataos**, **sichagastas**, **taquigastas**, **hualfingastas**, **amimanas**, **chuchagastas**, **tolombón**, **paciocas** y **colalao**s entre los más importantes. La localización de estos pueblos fue discutida con todo detalle en el trabajo original

de Lorandí y Boixadós, y en este caso sólo haremos las menciones necesarias para comprender la estructura política de la zona.

Entre los **pulares** y los del área Calchaquí, y en una quebrada occidental con acceso a la Puna, se encuentran los **luracataos**, que fueron derrotados por el gobernador Felipe de Albornoz en sus campañas de 1630-32. Al principio fueron desnaturalizados junto con los **pulares**, pero aparentemente conservaron una identidad independiente. No tuvieron protagonismo en 1659, y es probable que hayan sido luego trasladados a Jujuy. Al sur de Pompona, que es considerado en los informes coloniales como el límite norte del área Calchaquí, (aunque nunca lo sustentaron empíricamente), se encontraban otros grupos cuyos asentamientos principales parecen haber estado localizados en las quebradas altas de acceso a la Puna, aunque mantenían tierras en los bordes del río Calchaquí. Entre esos se encontraban los **sichas** con 350 guerreros y 1650 almas, los **taquigastas** con 100 guerreros y 500 almas y los **hualfines** con 500 hombres de pelea y 2500 almas, según el censo presentado por Bohórquez. Estos últimos ejercieron un evidente liderazgo en esta sección occidental del valle y probablemente pertenecían a antiguos desprendimientos del grupo de los **hualfines** o **malfines**, ubicados en el valle que conecta el Campo del Arenal con Belén. El gobernador Mercado y Villacorta sólo pudo derrotar a los **hualfines** en su viaje de regreso, después de durísimos combates. Mercado nos describe el asiento de los **hualfines** con meridiana claridad:

"...nos hallamos a la vista de un peñasco eminente que coronado de indios mostraba haberle escogido para defensa suya; tenía esta eminencia según después se reconoció, ocho cuadradas en torno que cerraban en forma de isla por una parte el río y por otro un barranco seco en cuyo foso estaba dividido de las demás montañas que rodeaban su fragosidad, era por todas partes inaccesible..." (Carta al Pte. de la Real Audiencia. Angastaco, octubre 1659. Autos, cuad. III).

Finalmente lograron tomar el sitio, saqueando comidas y ganados. En el parte de guerra constan veinte indios muertos, cientocincuenta prisioneros de guerra y setecientas "piezas" tomadas en total, "sin escapar ninguna".

En el extremo sur de este subsector encontramos el pueblo de Angastaco, que fue un antiguo "fuerte" incaico. Ubicado en un pequeño oasis al borde del río principal, sus tierras parecen haber sido compartidas con los **hualfines** y **sichas**, conformando un asiento agrícola multiétnico, que podía reflejar vinculaciones políticas (o sociales) entre ellos, o al menos una cierta dependencia del liderazgo de los **hualfines**.

Saliendo de Angastaco hacia el sur, se ingresa a la quebrada de Las Flechas, que no permite asentamientos importantes a lo largo del río. En su desembocadura se encuentran otras pequeñas poblaciones de dudosa localización y aún más dudosa identidad (para mayores detalles ver Lorandi y Boixadós 1987-88: 318). Una vez llegados a San Carlos nos encontramos con poblaciones de mayor peso demográfico y político. San Carlos, que era una de las tantas localizaciones de la Reducción Jesuítica, estaba instalado en Tucumanao, antiguo asentamiento de *mitmaquna* tucumano-santiagoños. (Para las localizaciones de la Reducción ver op.cit. pág. 319-20). En sus proximidades también había sido fundada por segunda vez la ciudad de El Barco, por Núñez de Prado en 1551, aunque a mediados del siglo XVII no hay registros sobre la población de Tucumanao.

En el segmento del valle comprendido entre San Carlos y Tolombón se habían instalado algunos grupos de migrantes coloniales que buscaron refugio en el valle para escapar a la presión colonial. En general provenían de zonas que habían sido encomendadas a partir de las fundaciones del siglo XVI, y es por eso que algunos de ellos son registrados tardíamente en el valle. Entre ellos ubicamos en la Quebrada de Guachipas a los **amimanas** y más adelante a los **cafayates** que dieron el nombre a la ciudad actual. Los migrantes coloniales eran los más claramente identificados como "advenedizos", aunque no descartamos que, como lo afirman algunos cronistas peruanos, esta designación haya sido aplicada también a los *mitmaquna*. Uno de los aportes más importantes de nuestra investigación fue el de individualizar al menos parte de estos "advenedizos" y también el hecho de señalar que la mayor parte de los conflictos interétnicos, (que descalifican a los pobladores del valle ante los ojos de los españoles) se producían por la presión de los originarios para recuperar las tierras perdidas o para someter a estos forasteros bajo su autoridad. Por otra parte, la presencia de "advenedizos", refuerza la condición multiétnica del valle, que será determinan-

te para entender los juegos contradictorios entre alianzas y rupturas que entorpecían enormemente las estrategias de los españoles para hacer efectiva la conquista.

Volviendo a los **amimanas** recordemos que, además de éstos que localizamos en la quebrada de Guachipas, existía otro asiento de **amimanas**, en la quebrada de Gualfin, y que en total eran 30 guerreros y 150 almas. Por las cumbres, las dos localizaciones se encuentran a un día de camino. Por otra parte, en los documentos del gobernador Mercado y Villacorta de 1659 se habla de dos parcialidades, y que una de ellas le ofrece la paz y solicita ser trasladada a Salta. Habían sido encomendados por el general Iñigo Ramírez de Velasco (sobrino del gobernador Juan Ramírez de Velasco) al capitán don Juan de Abreu en 1592 en cuya Cédula consta que su cacique de nombre Chuchut "...a pocos años se pobló en el dicho asiento"⁶. Carecemos de otros datos referentes a este grupo, porque no hay que olvidar que estas encomiendas nunca se hicieron efectivas, en términos de tributo colonial, de allí la crónica falta de información que ya hemos señalado al comienzo.

Como ya dijimos en este sector también encontramos a los **cafayates**, un grupo reducido integrado por 60 guerreros y 300 almas, que resultan ser el caso mejor documentado sobre estos refugiados coloniales (Lorandi y Boixadós op. cit.: 325-329), ya que fueron protegidos por los **quilmes**, un grupo originario que habitaba el sector sur o valle de Yocavil. El punto más interesante de nuestro análisis ha sido descubrir que los **cafayates** se casaron con mujeres **quilmes** y obtuvieron tierras que éstos les ofrecieron, seguramente a cambio de contradones no especificados. En determinado momento estos vínculos se rompieron y los **cafayates** se reinstalaron en las proximidades de la ciudad epónima. En el asiento anterior sólo quedaron aquellos que habían formado nuevas familias con mujeres **quilmes**. La doble filiación que resulta de este mestizaje interétnico y la matrilocalización, se revelan en los posteriores conflictos entre encomenderos por la posesión de los descendientes de estos matrimonios mixtos⁷.

Entre los territorios ocupados por los "advenedizos" encontramos otros grupos que casi con certeza eran originarios. Uno de ellos, los **chuchagastas** (60 hombres de pelea y 300 habitantes en total), instalados en las proximidades de la

actual Cafayate. Eran aliados de los **tolombones**, y resistieron junto a ellos hasta su derrota. Les seguían los **samalanao**, aparentemente emparentados por vía de sus caciques con el linaje de Juan Calchaquí (para éstos no tenemos datos demográficos, probablemente porque fueron contabilizados con los **tolombones**).

Dejando a los **cafayates**, y retomando el derrotero del ejército en 1659, llegamos a Tolombón, habitado por **tolombones** y **paciocas** y cabecera del único grupo étnico para el cual disponemos de alguna información sobre su estructura sociopolítica. Su cacique en 1658 era don Pablillo que contaba con 300 hombres de pelea y 1500 sujetos en total. Los de Tolombón que habían ofrecido la paz, no bajaron al encuentro del ejército para ratificarla. Ante el peligro Mercado decide continuar hacia Colalao (contabilizados con los **tolombones**, pero con su propio cacique de parcialidad, llamado Andrés Gualimay), atravesando el denominado "sitio de los **paciocas**" que suponemos eran tierras junto al río que disfrutaban los **paciocas**. Los **paciocas** no acompañaron a Bohórquez porque eran ellos los que lo habían protegido y temieron el castigo del gobernador, por eso carecemos de datos demográficos sobre esta parcialidad. En ese sitio de los **paciocas**, los españoles debieron soportar dos ataques sucesivos, perdiendo trece hombres. En el ataque participaron varias "naciones",

"...pues conocidamente e que había visto por los cuerpos muertos eran indios de todos los pueblos deste dicho valle y por las flechas que tiraban en que cada pueblo y nación tiene su señal particular..." (Sitio de los Pacciocas, Valle Calchaquí. 15 de junio de 1659. En Autos, cuad. III).

Evidentemente este ataque fue percibido como una derrota, pues el Gobernador decidió replegarse a Tolombón, donde se fortificaron. Allí fueron alcanzados por la columna comandada por Francisco de Nieva y Castilla que había partido desde el fuerte de Andalgalá y marchaba desde el sur al encuentro del Gobernador. Las derrotas anteriores complicaron la moral de las huestes españolas, que huían o exigían mayores prebendas. El sitio de Tolombón duró un mes, hasta que capituló el cacique Pivanti de los **paciocas**, que había sucedido a su hermano don Pablillo, muerto en el último combate. A partir de allí los de Tolombón se convirtieron en aliados del gobernador. Lo ayudaron a derrotar a los **chuchagastas** y **cafayates** (y más tarde a los **hualfines**) que arrastraron, a su vez, la rendición de otras parcialidades menores.

Frente a estos éxitos, Mercado volvió a dirigirse hacia el sur con el objetivo de llegar a los **quilmes**, fuera del sector Calchaquí propiamente dicho. Los ataques no fueron decisivos y frente al desaliento de su tropa, Mercado inicia el regreso hacia Salta, abatiendo en el camino a los grupos que hasta el momento habían eludido ofrecer la paz.

En el trabajo original, Lorandi y Boixadós (págs.331-341) han discutido con lujo de detalles la información relativa a la estructura política de estos grupos erróneamente llamados **calchaquíes**, pero en apariencia integrados por tres grandes parcialidades: **tolombón**, **paciocas** y **colalao**. Posteriormente a esa publicación descubrimos que probablemente los **paciocas** eran descendientes de *mitmakquna* incaicos provenientes de las proximidades de Sicuani, en la provincia de Canas. En la discusión precedente se habían contrastado diversas formas de identificación de cada parcialidad y sus posibles vínculos, así como las jerarquías cacicales. La mayor parte de las citas apuntan a atribuir una estructura tripartita a esta unidad política. Sin embargo, en documentos posteriores a la campaña de 1659, referentes a la desnaturalización de estos grupos en el valle de Choromoros, aparecen otras parcialidades llamadas **pichijao**, **hanchiyoquill** y **allamanogil**. Analizando las citas y el contexto en el cual son expresados, es probable que las tres últimas resulten ser *ayllus* (?), linajes(?) de la parcialidad de **paciocas** a la cual se agregaría, además, en el mismo rango que las tres anteriores a la de **colalao**, con lo cual se nos replantean los términos de la estructura tripartita, ya que **colalao** quedaría incluida como un segmento de los **paciocas**, y si ese fuera el caso solo existiría dualismo. O sea, en la mayor parte de las citas, sobre todo las referentes a la campaña de Mercado y Villacorta, queda bastante en claro que el pueblo de Tolombón (cuyas ruinas se encuentran a la vera de la ruta actual) es de **tolombones** y **paciocas**. Que existe un "sitio" de los **paciocas** más al sur y finalmente los **colalao**s, que son parientes de los anteriores, y están instalados en la "frontera" con los **quilmes**. En el fondo del valle no existen ruinas de ningún poblado que pueda ser atribuido a los **colalao**s; en cambio entrando a una quebrada lateral encontramos las ruinas del antiguo poblado denominado Pichijao o Pichao, hecho que agrega aún más dudas a todo lo comentado.

La anarquía de las citas nos plantean diversos problemas. Por un lado la posibilidad de que un dualismo básico esconda una estructura tripartita jerar-

quizada. Podemos proponer dos opciones: **tolombones-paciocas/colalao**, o bien **tolombones-paciocas/colalao**. Por otro lado debemos recordar que es posible que los **paciocas** hayan sido descendientes de *mitmakuna* incaicos, y que por eso disfruten de un mayor status. Este tipo de problemas en las estructuras políticas también ha sido prolijamente analizado por Martti Pärssinen (1992) en relación con los Andes Centrales y encuentra (aunque con mejor información) el mismo tipo de encapsulamiento en varios de los casos estudiados, por ejemplo entre los **huancas**, **Pachacamac** y **Chincha**. En 1659, el *curaca* principal del pueblo “de **tolombones y paciocas**” (como reiteradamente se lo menciona), Don Pablillo, era hermano de Pivanti, cacique principal de los **paciocas**. Pivanti lo reemplaza después de su muerte, con lo cual se muestra que la sucesión muchas veces privilegiaba a los hermanos en lugar de los hijos. Ahora bien, debemos destacar que se trata de la jefatura de un mismo linaje, pero ejercida sobre dos grupos que se autoidentifican diferencialmente. Esto se explicaría ahora por el hecho de tratarse de antiguos migrantes privilegiados que terminaron integrando, por medio del parentesco, una unidad política difícil de desentrañar. Estos problemas derivados de las modificaciones provocadas por el Estado Inca no siempre han sido totalmente resueltos en casos del Perú central, y aún menos en nuestras regiones. Tampoco les debió resultar fácil comprenderlas a los españoles contemporáneos, de allí la anarquía de las citas. Por cierto, el papel político de los habitantes de Tolombón se manifestó claramente desde 1560 y continuaba vigente, aportando la evidencia que mejor sostiene la hipótesis de la estructura encapsulada de los **tolombón, paciocas y colalao**s, aunque hasta el momento no hayamos podido decidir si los **tolombones**, como parcialidad, ocupaban la cumbre de la pirámide o la compartían con los **paciocas**. Lo cierto es que los **paciocas y tolombones**, a pesar de compartir la jefatura de un mismo linaje o de linajes emparentados, conservaron sus respectivas identidades. Un hecho clarísimo que lo demuestra es que, a pesar de estos vínculos, los **tolombones** acompañaron a Bohórquez a Pomán, evidentemente porque no se sentían involucrados en la conducta de **paciocas**, pasible de sanción por la especial protección que ellos le brindaron.

Area sur o valle de Yocavil. Cuando Mercado y Villacorta decide retirarse hacia Salta, las catorce leguas que quedaban sin conquistar pertenecían al sector

del valle Yocavil (hoy Santa María) que se extendía entre los territorios de los **quilmes** al norte y los **ingamanas** (Punta de Balasto) al sur, incluyendo ambas márgenes del río. A medida que los españoles fueron conociendo mejor la situación del valle, le fueron otorgando a este sector la mencionada designación, en virtud del predominio local de los yocaviles, aunque una cierta superposición lingüística (*kakano*-diaguíta) y cultural (como lo muestra la arqueología) confluyen para permitir que la denominación Calchaquí persistiera todavía.

La belicosidad de estas poblaciones queda reflejada por el informe del sucesor de Mercado, el gobernador Lucas de Figueroa y Mendoza⁸:

“...pues estando obstinadamente rebeldes en lo interior sólo exteriormente fingen sujeción cuando quieren recoger sus frutos y cosechas o cuando no tienen caudillo, que hallándole o hallándose con ellas, sin nueva causa de nuestra parte rompen en hostilidades, infestando las ciudades, jurisdicciones y sitios circunvecinos a sus cerros, robando, quemando y matando todo lo que encuentran, así españoles como indios y ganados y ni los sacerdotes ni iglesias se escapan a su ira...” (el destacado es nuestro).

La descripción agrega, entre otras cosas, que a pesar de los catorce años de continua prédica de los padres de la Compañía de Jesús, no se ha conseguido sacarlos de sus idolatrías ni de sus “matrimonios gentiles”.

Debemos aclarar que en 1659 Mercado no logró traspasar el límite de los **quilmes**, y que este territorio fue recorrido en esa fecha por la columna de Francisco de Nieva y Castilla, que lamentablemente no reproduce las prácticas documentales del gobernador, y nos deja con mucha menos información para este sector sur del valle.

El grupo **quilme** ha sido caracterizado como “la nación más temida, numerosa y de más séquito”. En el Auto y Memoria de los caciques y pueblos que Pedro Bohorquez hizo en Pomán contabilizó 400 indios de guerra y dos mil almas para esta población. Sin duda su pueblo principal, ampliamente conocido y pésimamente restaurado, muestra la magnitud e importancia que tenía. Adjunto al poblado de originarios, los incas construyeron un sector propio que incluía una

sofisticada represa. Los límites territoriales de los **quilmes** fueron fijados por el norte hasta Colalao; por el sur en cambio parecen más ambiguos, pero varios documentos concuerdan en que "pasando los **quilmes** se llega a Anguinahao" que hemos localizado en Rincón Chico en la banda opuesta a la ciudad de Santa María. Nos queda sin adscripción precisa Fuerte Quemado que pudo pertenecer a uno u otro grupo.

Los **anguinahao** podrían haber sido los "advenedizos" con quienes los **calchaquíes** (es decir los de Tolombón y Colalao) mantenían constantes conflictos, mencionados desde muy temprano. En 1588, durante la incursión al valle del gobernador Ramírez de Velazco, el escribano Luis de Hoyos puntualiza:

"...e que ellos [los **calchaquíes**] tenían división e guerra con otros indios del pueblo de anguinahao y con *otros advenedizos que están poblados en este valle que han venido de Londres* e que ayudarían a que se castigasen e redujesen, así S.S. entró personalmente con ellos y con la gente española a punto de guerra en un lugar y fuerte de monte que llaman Yucahas a lo que dicen está cerca de Anguinahao..." (Testimonio de Luis de Hoyos, 1588, AGI.Charcas 26. Destacado nuestro).

En el trabajo original se discutió con mucho detalle la ubicación exacta de los **anguinahao** y si la calificación de "advenedizos" los incluía o no (Lorandi y Boixadós 1987-88: 346-354), tema poco fácil de dilucidar, a pesar que en 1657, según la presentación de Bohórquez, contaban con 400 indios de pelea y 2000 almas; su cacique en esta época era Pedro Acchoca. Los **anguinahao** eran dueños de una prestigiosa *huaca*, llamada la Casa Blanca y según la información de Bohórquez, esta sería lo que actualmente conocemos como los edificios blanco, rosado y gris, que se encuentran en la cumbre de un cerro muy escarpado, en cuyas laderas se extiende la extensa población de Rincón Chico descrita por Myriam Tarragó (1987). Es más, una carta del misionero jesuita P. León afirma que en Anguinahao había "tres guacas y muchos minerales". Hemos pensado que si estos "advenedizos" llegaron desde La Rioja, se habían instalado (o hayan sido instalados por los incas) en las proximidades de otros grupos originarios de cultura santamariana. Tarragó ha encontrado muestras de trabajo metalúrgico en los sectores del poblado más próximos al río Santa María y posibles explotaciones

mineras en las quebradas laterales, pero ninguna muestra de ocupación incaica o foránea en ese sector (comunicación personal). Es difícil por lo tanto que "advenedizos recientes" hayan construido u ocupado este sitio, sobre todo teniendo en cuenta su alta densidad demográfica, siendo que los "advenedizos probados" son generalmente núcleos mucho más reducidos. De todas maneras, pudo haber "extranjeros" en la zona, como lo muestra el contenido de las tumbas excavadas en Lampacito (hoy sector bajo de Rincón Chico) y que corresponden al período hispano-indígena, (Lorandi, Renard y Tarragó 1960). De todas maneras la información arqueológica más reciente, nos ayudaría a rechazar la hipótesis de "advenedizos". La interpretación de las fuentes se complica por la presencia de otro grupo, aparentemente homónimo, los **anguingastas** (con sólo 80 guerreros y 300 almas), que podrían estar localizados en la otra banda del río, pero en el sector central o Calchaquí, (y más próximos al pueblo de Tolombón) y que no hemos podido localizar. También hemos pensado que hayan sido éstos últimos los "advenedizos" y no los de Anguinahao propiamente dichos. Los interrogantes permanecen abiertos.

En la banda oriental del río hemos localizado a los **calianes** o **acalianes** (sin datos demográficos) en las proximidades de la ciudad de Santa María y ocupando hasta el límite actual con Tucumán. En la zona encontramos también otros pequeños grupos como los **tocpos** y **anchacpas** (sólo para éstos, se consignan 50 hombres y un total de 250 almas). Todos estos pueblos fueron mencionados en documentos de comienzos del XVIII como antiguos ocupantes del "valle de Anguinahao", que aparentemente era un segmento transversal del valle actual, con un eje central que corría a la altura de la actual ciudad de Santa María y que abarcaba ambas márgenes del río. En las investigaciones realizadas con Cora Bunster ya habíamos observado el uso del concepto de valle para segmento político-étnico de un valle geográfico. Es más, un documento más temprano se cita en varias oportunidades: "pueblo de Tocpol de nación diaguaita del valle de Anghinahao", cita que tiene, además, la rara virtud para el noroeste de indicar la unidad menor vinculada a la macroetnia.

Los **yocaviles** eran uno de los grupos étnicos más importantes del valle y con protagonismo activo en todas las rebeliones. En 1657 totalizan 500 indios de pelea y 2000 almas, siendo tan numerosos como los **quilmes**. En otros documen-

tos se consigna que ocupaban nueve pueblos. Si aceptamos que los **anguinahao** ocupaban Rincón Chico, los **yocaviles** habitaban el sector colindante hacia el sur. El poblado más importante en ese caso sería Cerro Mendocino y probablemente otros asentamientos de la zona. La arqueología ofrece pocos puntos de apoyo para confirmar una ubicación precisa, por falta de estudios cronológicos que confirmen la existencia de establecimientos tardíos en las proximidades de Ampajango, donde los **yocaviles** atacaron a la columna de Francisco de Nieva y Castilla que en 1659 se dirigía al encuentro del gobernador. De todas maneras no hay que descartar la opción de que los **yocaviles** ocuparan ambos márgenes del río y de allí que su nombre fuera aplicado a todo el segmento sur del valle.

Los **yocaviles** aparecen como un grupo homogéneo, ya que no se consiguen parcialidades que lo integraran, salvo un caso muy dudoso. Es más, un solo linaje, el de los Utimpa los gobernó durante los siglos XVI y XVII (Lorandi y Boixadós 1987-88:357).

En el extremo sur del valle y en las vertientes occidentales del Aconquija (en el borde del campo del Arenal) encontramos otros grupos étnicos. Los más conocidos son los **ingamanas**, que casi con total certeza ocupaban el centro incaico de Punta de Balasto (Carrara et al. 1960). Eran 150 indios de guerra y 750 almas. Este sitio controlaba el acceso al valle desde el sur, y los incas ocuparon además buena parte de este territorio que se conectaba hacia el este con el enorme establecimiento de los Nevados del Aconquija, instalado a 5000 metros s.n.m., o por Capillitas hasta Potrero-Chaquiago, pasando por el tambo inca de Ingenio del Arenal. El territorio de los **ingamanas** se confunde con el de los **tucumano** del sur (recordemos que había otro en San Carlos), que las fuentes ubican en un lugar impreciso en esta zona que circunda el Campo del Arenal, y que muy bien pudo ser el mencionado tambo, también ocupado por **mitmakquna** provenientes del área tucumano-santiagueña como lo muestra la arqueología (Scatolín y Williams 1992; Lorandi 1983). En 1657 tienen un cacique llamado Columpi y según los datos de Bohórquez tenía bajo sus órdenes 70 guerreros y 300 almas en total. Con respecto a los **mitmakquna** podemos agregar que **ingamana** o **incamana**, puede ser traducido como *kamana* "susceptible de ser mandado o gobernado" y a su vez *kama* como "poder de mando, hacer sus obligaciones. Cuota, parte de cada uno en un trabajo colectivo. Sinónimo: *suyu*" (Lara 1978:

100). Con lo cual tendríamos que **ingamana** no sería una designación étnica sino funcional, o sea, los que obedecen o hacen cumplir las órdenes del Inca. Los datos arqueológicos confirman que la mayor parte de los establecimientos incas de la región tienen cerámica de estilos tucumano-santiagueños, con lo cual se robustece la hipótesis de que se trate de **mitmakquna** de ese origen.

Pero existen otros datos arqueológicos que permiten vincular a los **yocaviles** como "parientes y amigos" (como dicen las fuentes) de las poblaciones **malfines** y **andalgalaes** que habitaban la vertiente meridional de los cordones que atraviesan Catamarca de este a oeste. En el sur del valle Yocavil hay alfarería de estilo "chiquimil" que aparentemente es un híbrido del santamariano, originario del valle, y del San José, que tiene vínculos decorativo-morfológicos con otros del centro y sur de Catamarca, en especial del valle de Hualfin. En 1657 los **tucumangastas** tienen un cacique llamado Cullumpí, apellido que se repite para el cacique del pequeño valle Hualfin del norte del sector Calchaquí, donde también se encontró alfarería chiquimil, bastante alejada de sus localizaciones de mayor frecuencia. Todos datos muy débiles pero que merecen que se reflexione sobre ellos.

En 1657, según la presentación hecha por Bohórquez, había en Gualasto o Balasto un cacique llamado Andrés, "parcialidad de Andalgalá", con 150 indios de pelea y 700 almas. Este dato robustece las hipótesis sobre las relaciones entre los de sur del valle y las poblaciones del área de Andalgalá. Los **ingamanas** participaron en el levantamiento general de 1630, colaborando con los indios **malfines** comandados por Chalemín. En esta época los **ingamanas** bajaban a Andalgalá a recoger algarroba. Los españoles pensaron que era una excusa para atar alianzas durante el Gran Alzamiento, pero siempre nos queda la duda si a raíz del parentesco, no mantenían derechos sobre esos algarrobales. También estuvieron aliados con el proyecto de Bohórquez, pero cuando se produjo la invasión del valle, le avisan a Nieva y Castilla que habrían de ser atacados, y curaron a los heridos después del anunciado combate. En premio y por precaución fueron trasladados a Andalgalá, para evitar las represalias de sus vecinos. Esta suma de datos no confirma ni aclara totalmente las relaciones entre las poblaciones de ambas vertientes de la sierra de Capillitas, pero exigen reflexión y sugieren el interés de buscar mayores verificaciones.

Apoyados en los contrafuertes occidentales del Aconquija, tenemos finalmente, otros grupos: **casminchangos**, **ulpingaschas** y **uchumilmasao**. Sólo los primeros tienen una ubicación segura en la localidad epónima, donde existen extensas ruinas de varias épocas, incluidas la hispano-indígena. Los **uchumilmasao** podrían ser localizados en Masao, no lejos de Ampajango. No sabemos si estas parcialidades pueden ser incluidas en el grupo **yocavil**, pero en 1657 se presentaron con caciques propios. Los **casminchangos** tenían por cacique a Ochumi y contaban con 250 almas y 50 guerreros; Diego Siquinta era cacique de Ulpingasta, con 150 almas y 30 hombres de pelea y Agustín Silpitocela de **uchumilmasao** con 350 y 70 respectivamente; con lo cual este último aparecía como el jefe con mayor sustento demográfico.

COYUNTURAS, ALIANZAS Y RELACIONES DE PARENTESCO

Una vez identificados y localizados los distintos grupos étnicos, procederemos a analizar las relaciones interétnicas entre los mismos y con respecto a los españoles. Tanto una como otra se perfilan con mayor nitidez cuando los españoles intentan hacer efectivo su dominio sobre la región, que si bien generaron distintos tipos de actitudes en relación con cada coyuntura precisa, el factor común fue la prolongada resistencia que los mantuvo independientes hasta la derrota final. La información más valiosa procede, como ya lo dijimos, de la campaña de 1659, pero en todos los casos tratamos de averiguar, con documentos más antiguos, si existió continuidad en la conducta o si es posible observar un cierto grado de variabilidad y sus respectivas motivaciones. Pero previo al análisis puntual debemos hacer algunas consideraciones generales.

El tema de la guerra como fenómeno social ha sido analizado desde distintas perspectivas, entre otras, la histórica y la antropológica. En nuestro caso, inmersos en el contexto colonial y en el marco de la bipolarización blanco-indio, creemos que es imposible separar el fenómeno histórico (los acontecimientos específicos de resistencia y rebelión) del sustento estructural dentro del cual la guerra blanco-indio se desarrolla, se significa y representa.

En el caso del valle Calchaquí, no podremos comprender la tenaz resistencia a la colonización si no tomamos en cuenta la naturaleza política de la sociedad y las diversas formas aceptadas y consentidas que adquirió la resolución de los conflictos interétnicos dentro de su propio ámbito territorial. Los móviles variados y profundos que provocaron las guerras interétnicas en las sociedades americanas, han sido evaluados y discutidos por numerosos autores. Simplemente, en este caso, y limitados a las fuentes europeas, sólo hablaremos de conflictos, dejando deslizar algunos datos y proponiendo hipótesis sobre las razones de cada conflicto puntual, ya que la información más abundante proviene de la guerra blanco-indio. Lo más importante en nuestro caso es destacar que ese mundo tan complejo, políticamente segmentado, que admitía la existencia en su seno de crónicas rivalidades interétnicas, encontró sustento en esa práctica para enfrentar, en forma casi siempre solidaria, el ataque del nuevo invasor. La voluntad de cada unidad étnica de afirmar su existencia, de ampliar sus territorios o de defenderlos de intrusiones foráneas, halló un común denominador para enfrentar al otro social -los españoles- que pretendían afectar su existencia, su territorialidad, los medios de subsistencia y los modos de reproducción social, fundando su pretensión sobre el derecho de conquista, superioridad tecnológica e ideología mesiánica de evangelización.

Los caciques, los líderes y la guerra

Es imposible pensar la guerra de resistencia en un contexto de cacicatos sin analizar simultáneamente la presencia y los atributos de los liderazgos que la sostuvieron por largo tiempo y en un espacio tan amplio. Para que tuviera éxito fue necesario sortear los conflictos internos y convocar voluntades, superando las diferencias que los enfrentaban. Para evaluar esta conducta, tenemos que recordar que en las fuentes más tempranas se reitera la existencia de conflictos entre originarios y advenedizos y la forma en que ambos grupos trataron alternativamente de negociar prestaciones tributarias con los españoles a cambio del apoyo a sus luchas interétnicas.

La base demográfica y los niveles jerárquicos internos sobre los cuales se ejerce el poder cacical muestran grandes fluctuaciones según lo que podemos

inferir de las fuentes históricas, que no son claras a este respecto. Un ejemplo lo encontramos en la categoría europea de **cacique principal**, mencionada como categoría de poder ya sea en relación con una parcialidad, ya sea en referencia a una unidad mayor y en general no se consigna la existencia de una "segunda persona" como en el resto de los Andes.

Por cierto, en situaciones de guerra, los líderes regionales pertenecen a miembros de esta categoría, legitimada consensualmente en las normas tradicionales. Pero si esta es una condición necesaria, no es suficiente. Para adquirir status de líder es necesario amalgamar poder político legítimo y condiciones personales que le permitan trascender el ámbito local al cual pertenecen. El caso más conocido es el de Juan Calchaquí, cacique principal de Tolombón, que reúne en su persona el poder legítimo y especiales condiciones de convocatoria, incluso enriquecidas con atributos shamánicos, ya que según un documento emanado de la Audiencia de Charcas, "lo tienen por guaca". Esta doble condición de legitimidad y personalidad no es exclusiva de nuestra zona. Ha sido repetidamente señalada para las sociedades tribales e incluso para los líderes de ciertas zonas de los Andes Centrales, como los **wankas** (D'Altroy 1987). Juan Calchaquí fue un guerrero intrépido, pero también un hábil negociador, inteligente y astuto, capaz de encabezar un movimiento de resistencia ofensiva generalizada que culminó destruyendo tres ciudades: Córdoba de Calchaquí cerca de San Carlos, Londres en la desembocadura del valle de Hualfin y Cañete en Tucumán durante la primera rebelión de 1562. Con estas acciones detiene durante más de dos décadas el poblamiento del noroeste y no solamente la colonización del valle donde ejerce su influencia directa. Es más, se piensa que su convocatoria (magnificada por el temor que despierta en los Oidores de la Audiencia de Charcas) se extiende hasta los **chiriguanos** y que puede llegar a unirse con el estado neo-inca de Vilcabamba.

La amalgama entre poder político y ritual envuelve la figura de Juan Calchaquí con especiales condiciones carismáticas que le permiten proyectarse a nivel continental. El juego oscila entre el impacto que produce la guerra ofensiva y su capacidad de negociar para ganar tiempo, distraer al enemigo e incluso volcarlo en su ayuda para combatir a un tercero, tal como queda expuesto cuando se producen las incursiones españolas al interior del valle y advierte que su

estrategia general corre peligro (en una ocasión fue capturado, en otra lo fue una hija suya, en otra un hermano y en todos los casos logró liberarse o liberarlos mediante negociaciones).

Una vez que Juan Calchaquí desaparece de la escena por muerte natural, su sucesión como cacique local quedó asegurada, no así el liderazgo de su linaje. Una prueba de ello es que durante las campañas de 1630 realizadas para sofocar a las poblaciones del valle que participan en el Gran Alzamiento, los españoles les infligen una seria derrota, y el cacique que comanda con mayor eficacia la guerra coordinada contra los blancos pertenece al linaje Utimpa de los **yocaviles**, que se mantienen firmemente aliados con sus "parientes y amigos" de Andalgalá y Hualfin.

La ausencia de un líder consensuadamente reconocido por todas las unidades étnicas del valle se hace evidente en las décadas posteriores, si bien esto no disminuye la voluntad de conservar un espacio autónomo de decisión (Bonfil Batalla 1992) sobre los medios de producción y las condiciones de reproducción social de cada uno de los grupos involucrados. De todas formas, es un período de resistencia pasiva de parte de los indios del valle y de tensa espera de parte de sus potenciales conquistadores.

La llegada del falso Inca, el español Pedro Bohórquez, permite cubrir el vacío de liderazgo a nivel de todo el valle, aunque en este caso va a adquirir un perfil muy particular. En primer término nos pone frente a la existencia de un líder extraétnico, también admitido por sociedades tribales tanto amazónicas como de otras regiones, incluso en los Andes según lo consignan las Informaciones levantadas por el Virrey Toledo ([1570]1940). Rosegreen (1987) describe los atributos que caracterizan a este tipo de líder cuando aparece entre los **matsigenka** en la amazonia peruana y los distingue de los líderes que surgen de los propios linajes cacicales. Incluso se los designa con apelativos diferentes. Pedro Bohórquez es llamado *titakin*, que quiere decir Señor (Torreblanca, 1696, folio 34), categoría que hasta el presente nunca registramos para designar a los caciques de linajes originarios. Si la traducción de Torreblanca es correcta, parece que se está haciendo referencia a un nivel más alto en la jerarquía conceptual del poder, dentro del universo cultural **diaguita**.

Sin describir en detalle las características personales de Bohórquez, ni la sucesión de hechos que desencadena su presencia en el valle, podríamos destacar aquellas que coinciden con los atributos enunciados por Rosengreen como típicos de los caciques extraétnicos (pág. 172). "Ilegitimidad": detrás de una imagen carismática, veremos que su poder es étnicamente ilegítimo y cuestionable su condición de Inca. "Agresión, egoísmo, violencia": los relatos de Torreblanca y Lozano lo describen como agresivo, egoísta y violento. "Pacífica mediante el uso de la fuerza"; es "negociador y polígamo": para atar sus alianzas, se une a hijas o hermanas de todos los caciques del valle. Su "discurso es amenazador": manipula tanto a los indios como a los españoles, incluidas sus autoridades, en beneficio de su utopía de alzarse con un señorío propio. Se confirma así su carácter prepotente y egoísta. Una condición que no concuerda con el listado de Rosengreen es su cobardía, manifiesta en múltiples ocasiones que revelan rasgos paranoicos y que desdibujan la imagen de Gran Señor que pretendió asumir. El consenso sobre su poder y linaje inca no parece haber sido uniforme entre los indios y necesitó recurrir a la mezcla de fuerza y carisma que le confirió carácter autoritario, un atributo que es común con otros líderes extraétnicos.

Entre los años de la permanencia de Bohórquez en el valle, de 1657 a 1659, los indios intentaron negociar con las autoridades por su intermediación, y desde una posición de fuerza. Pero ya habían resignado su objetivo inicial de expulsión del agresor fuera de las fronteras macroregionales, como Bohórquez lo propuso sin éxito. Los indios sabían, además, que la resistencia se había prolongado demasiado y que se estaba preparando un ataque decisivo. Una vez producido el primer combate exitoso de Mercado y Villacorta, Bohórquez negocia su rendición y tras ella las autoridades esperaron la inmediata pacificación de los indios, pero fue un cálculo erróneo. Como ya sabemos Mercado necesitó seis meses en 1659 para dominar desde los **pulares** hasta los **quilmes** y varios combates en 1664 para abatir al resto. Al partir Bohórquez, los indios se aprestaron a resistir. Del análisis de la información sobre esta campaña proviene la evaluación sobre la conducta política de los diferentes pueblos del valle.

La rebelión y los conflictos interétnicos. El contexto bélico, tal como se presenta en las fuentes, hace imposible analizar separadamente los conflictos

interétnicos y la guerra blanco-indio porque en el transcurso de esta última se pusieron en evidencia algunas disputas internas que serán consideradas siguiendo el eje norte-sur del poblamiento del valle.

Los **pulares** se diferenciaron siempre por mostrar una conducta independiente durante los distintos episodios que jalonan la larga resistencia del valle. Para comprenderlo, debemos destacar en primer lugar la fuerte presencia inca en la zona y la multiétnicidad resultante. Lo segundo es que probablemente parte de los **pulares** fueron agraciados por los incas con mejores o más cantidad de parcelas en las ricas tierras de las quebradas laterales del alto valle Calchaquí, y las más aptas para la agricultura en ese sector. El tercer rasgo significativo es que, si nuestras hipótesis anteriores son correctas, mediante la relación privilegiada con el régimen estatal inca adquirieron experiencia para entablar relaciones de subordinación y negociación en términos de prestaciones a cambio de dones (tributo por tierra). Uno de los efectos visibles de esta relación es que, a diferencia de otros habitantes del valle, los **pulares** en su mayoría hablaban *quechua* y que cuando Diego de Almagro entró al valle en 1535, acompañado por oficiales cusqueños, sus huestes fueron recibidas y alimentadas en Chichoana, cabecera de la provincia homónima. Posteriormente una vez encomendados por Hernando de Lerma en 1583, cumplieron parcialmente con sus turnos de mita en las propiedades que sus encomenderos tenían en el valle de Salta (hoy valle de Lerma). No obstante, algunos documentos mencionan "guazabaras" (combates) con los **pulares**, o incursiones sobre las haciendas ubicadas en la frontera de sus territorios étnicos, para robar ganado y otros bienes.

La resistencia **pular** nunca revisitó el carácter de rebelión abierta, sino más bien se eligieron tácticas elusivas y contradictorias que evitaran la represión organizada sobre sus asentamientos. No descartamos que la actitud negociadora contribuyese a marcar su diferenciación y antagonismo crónico con los belicosos **calchaquíes**, con quienes seguramente compartían una frontera inestable. El asiento **calchaquí** en Pompona (próximo a Atapsi, "raya" de los **pulares**) pudo ser una avanzada destinada a controlar el territorio **pular**. Si la hipótesis sobre multiétnicidad del espacio **pular** es correcta, esta podía incluir también un viejo conflicto con probables originarios **calchaquíes** desplazados por los incas, que en tiempos coloniales continuaba siendo motivo de rivalidades nunca resueltas.

La previa experiencia incaica y los posibles mestizajes que resultaron de una relación donde la diferenciación instalada por el Estado había perdido sentido, generaron la segmentación social y política que prevalecía en el siglo XVII. Esta situación pudo animarlos a establecer alianzas con el nuevo invasor con la esperanza de posicionarse mejor para negociar las prestaciones tributarias que se les exigían. Es así que en 1630 se incorporaron a las huestes del gobernador don Felipe de Albornoz en calidad de "indios amigos" para reprimir a las restantes poblaciones del centro y sur del valle. Si bien el primer foco de esta rebelión se había producido dentro del valle, el epicentro luego se trasladó a Andalgalá, Londres y La Rioja. Esto no evitó una dura represión del gobernador que infligió sucesivas derrotas a los **luracataos**, a los **calchaquies** de Tolombón y a los **yocaviles**. Cuando el gobernador finalizó su campaña, los **calchaquies** atacaron a los **pulares** en castigo por su traición, viéndose éstos obligados a desnaturalizarse en el valle de Salta para quedar fuera de alcance de sus agresores. Como recompensa por la lealtad demostrada, las autoridades provinciales los eximieron de tributo. Pero fue sólo una situación transitoria, ya que el premio fue otorgado mientras durasen las campañas. Sintiendo burlados en los términos de una negociación que ellos creyeron permanente, regresaron a sus tierras. Es probable que en esa ocasión hayan comprendido que las alianzas con el Estado colonial no tenían el mismo valor que las que pudieron haber entablado con el Estado Inca, donde la reciprocidad ocupaba un lugar primordial en las relaciones políticas. La ideología colonial no aceptaba alterar los principios de subordinación que se reservaba a los indios, y menos aún en el Tucumán, donde las leyes no escritas de una sociedad de frontera tenían más fuerza que ciertas disposiciones de la Corona, que había aceptado negociaciones semejantes con los aliados de la conquista inicial (el caso de los **wankas** que colaboraron con Pizarro). Sin embargo entre 1643 y 1659 los **pulares** una vez más cumplieron parcialmente con las mitas a sus encomenderos. Sin embargo, según la Relación de H. de Torreblanca, cuando Bohórquez entró al valle, estuvieron entre los primeros en adherir a su convocatoria, conducta que variaron apenas Bohórquez fue derrotado, siendo también los primeros en aceptar la paz y su definitivo traslado al valle de Salta.

Vemos entonces que por viejas o nuevas razones la conducta de los **pulares** se recorta diferencialmente dentro del universo indígena del valle desde el comienzo de la conquista, aunque no será la única en mostrar estas contradicciones.

Como en páginas anteriores ya comentamos la conducta de las poblaciones del sector central en relación con el liderazgo de Juan Calchaquí y la derrota de 1630, ahora nos dedicaremos a analizar las correspondientes a los episodios de 1659. En esta etapa quedan bien delimitados el sector comandado por los **hualfines** por un lado y el del área de hegemonía de los de Tolombón por el otro. Cada uno actúa en forma independiente para enfrentar los ataques puntuales del gobernador Mercado y Villacorta, y como ya lo vimos, la rendición de un sector no arrastra al otro, aunque hayan coordinado y compartido la estrategia bélica. Cuando el ejército se desplaza hacia el sur, los **hualfines** no bajan a ofrecer la paz; si lo hicieron en cambio las otras parcialidades con quienes compartían las altas quebradas que conducen hasta la Puna. Más tarde el cacique de **hualfin** se presenta ante el gobernador, cuando éste se hallaba en el sitio de los **paciocas** y ofrece su rendición, que resulta sospechosa y poco sincera. En el camino de regreso del ejército, Mercado decide acelerar la pacificación de este sector, y subiendo hacia los protegidos y casi inaccesibles refugios donde se habían atrincherado los derrota en un cruento combate.

En el sector de Tolombón la estrategia que aplicaron no fue diferente. Alterna entre las demostraciones de buena voluntad, ofertas de paz y huida hacia los cerros fuera del alcance de los españoles. Don Pablillo, cacique de Tolombón se acerca al ejército antes de que llegase a su pueblo y allí ofrece la paz. Confiado el gobernador continúa su viaje hacia el sur, pero en el "sitio de los **paciocas**" a medio camino entre Tolombón y Colalao recibe un ataque sorpresa que finaliza con una seria derrota para sus huestes y con la muerte de diez de sus hombres. Estas bajas confesadas son muy altas para el promedio general de la guerra. El ataque sorpresivo descubrió la traición. La batalla duró toda la noche y el ejército debió acuartelarse en un arenal, en pésimas condiciones y sin agua. El desastre aconseja volver a Tolombón en busca de un mejor asiento para el real. Pero en el camino reciben un segundo ataque, que al parecer se prolongó durante ocho horas. Esta vez la relación de fuerzas resultó favorable al bando español y la revancha consistió en degollar a más de cincuenta indios capturados durante el combate. Asimismo se reconoció que habían participado guerreros de diferentes parcialidades, identificados por los signos diacríticos de sus flechas. Según parece aquí muere don Pablillo por lo cual los españoles consideraron, erróneamente, que el triunfo se había consolidado. Pero no fue así; debieron asediar

durante un mes al fuerte de Tolombón para obtener la rendición de Pivanti, cacique de los **paciocas** y hermano de Pablillo, que había asumido la jefatura de las dos parcialidades. Ninguno de estos jefes étnicos disfrutaban de las condiciones carismáticas de Juan Calchaquí, pero no obstante continuaron sosteniendo su voluntad de mantenerse independientes hasta agotar el último recurso.

Algunas parcialidades menores, probablemente vinculadas a Tolombón, se rindieron después de esta derrota. Pero otros grupos, los advenedizos **cafayates** y los **chuschagasta** continuaron resistiendo. El ejército debió enfrentarlos con las armas, esta vez con la ayuda de los **calchaquíes**, convertidos rápidamente en "indios amigos". Este cambio de frente, de la rebelión a la colaboración, no se agotará en estos combates, sino que acompañarán al ejército hasta los **quilmes**, con objetivo de doblegar a esa poderosa "nación". En los partes de guerra se informa que el ejército derrota a los **quilmes**, pero por cierto no pudieron someterlos y tras el agotamiento y defección de sus soldados, Mercado resuelve regresar a Salta y consolidar de paso la conquista de los **hualfines**, tal como ya lo hemos relatado. El cambio de conducta de los **calchaquíes** fue premiada dejándolos permanecer en sus tierras, en tanto el resto fue desnaturalizado y repartido a diversas ciudades de la provincia.

Mientras tanto el sur del valle continúa en su rebeldía. Esta zona había sido atravesada por las huestes de Francisco de Nieva y Castilla que había partido de Andalgalá. Atravesó primero el territorio de los **incamanas** (o **ingamanas**), que en 1630 habían participado junto a los de Andalgalá en el Gran Alzamiento. Esta vez cambiaron su estrategia y advirtieron a Nieva que el plan general consistía en dejarlo avanzar hasta que las dos columnas se reuniesen para atacarlos en el centro del valle. No obstante Nieva continuó su marcha, y antes de encontrar al gobernador, fueron cercados y derrotados en Ampajango, quedando con muchos heridos que debieron ser trasladados al pueblo del cacique Camisa (o Camisay), señor de los **incamanas**. A cambio Nieva les permite retirarse a Andalgalá para quedar a resguardo de las represalias de los antiguos aliados. De este modo la columna continúa luego hacia el norte, donde se une al tronco principal y participa de los ataques a Tolombón y Hualfin.

La campaña de 1659 terminó dejando en sus pueblos y sin pacificar una población numerosa que continuó desafiando al poder colonial. Después de un

lapso de 5 años, Mercado y Villacorta reemprende una nueva campaña con el propósito de completar la tarea interrumpida, ya que sus sucesores en la gobernación fueron incapaces de afrontarla. Disponemos de menos información sobre estos episodios, pero de todas maneras los hechos se suceden con mayor celeridad.

Los **quilmes** fueron derrotados con la ayuda de los **calchaquíes**. El cacique Martín Iquim se rinde "en nombre de todos", en referencia a los caciques de menor jerarquía que, suponemos, componían el conjunto de once pueblos del grupo étnico de los **quilmes**. Frente al giro de los acontecimientos, los **anguinahaos** y los **yocaviles** se rindieron sin resistir.

El destino de los que resistieron hasta 1664 fue más duro que el de los restantes. Mercado había hecho, previo a la campaña, una "composición de indios" o sea un remate de indios a cambio de ayuda económica y soldados para integrar su ejército. Los mayores recursos provinieron de la Audiencia de Buenos Aires, que en recompensa recibieron a los **quilmes**. Los **yocaviles** fueron diseminados en grupos no mayores de cinco familias y entregados a los encomenderos y soldados de La Rioja y del valle de Catamarca. Los desnaturalizados previamente habían sido instalados preferentemente en Salta y Tucumán, y otros enviados a Jujuy, Córdoba, Santiago del Estero o Santa Fe. Entre ellos se encuentran también los **colalao**s, **paciocas** y **tolombones** a quienes se les revocó la autorización para permanecer en sus asientos tradicionales. Culminaron así ciento treinta años de resistencia exitosa.

Las alternativas entre resistencia, negociación y traición no pueden entenderse sino es sobre el telón de fondo de los conflictos interétnicos. Los **calchaquíes** y los **quilmes** tenían la "raya" o frontera en Colalao. El colaboracionismo **calchaquí** durante el combate de 1659 no es el único síntoma de estas rivalidades. Los atacan también cuando más tarde los **quilmes** se introducen en su territorio en busca de algarroba, hecho que provoca a su vez nuevas represalias. La conducta bélica que hemos observado en el valle refleja, en nuestra opinión, la naturaleza segmentaria de los cacicatos, la capacidad estructural de tomar decisiones individuales, sin consulta y sin esperar consenso; todo lo cual permite al mismo tiempo suponer que la alianza y la traición haya formado parte de las contradicciones, si no consentidas, al menos posibles o esperadas.

El parentesco y la sucesión de los cacicazgos

Hasta hace pocos años teníamos escasos conocimientos sobre parentesco y las normas de sucesión de los cacicazgos. Gracias al trabajo de Palermo y Boixadós publicado en 1991, pero escrito en 1989, hemos podido despejar un primer umbral de dudas sobre este tema. Al contrario de lo que podía esperarse, la información proviene del grupo de los **quilmes** desnaturalizados en Buenos Aires, que treinta y ocho años después litigaron por la sucesión del cacicazgo.¹⁰

En el momento de abandonar su asiento en el valle, los **quilmes** fueron acogidos por su encomendero Luis de Toledo y Velazco que aspiraba a disfrutar, finalmente, de las mitas nunca cumplidas hasta entonces. Pero los planes del gobernador Alonso de Mercado y Villacorta eran diferentes. Por los acuerdos entablados previamente con don José Martínez de Salazar, Presidente de la Real Audiencia de Buenos Aires, el gobernador le ordenó a Luis de Toledo y Velazco que condujera a sus indios hasta Buenos Aires, donde serían aplicados al servicio de la ciudad, en pago de los aportes que se habían realizado a la campaña de pacificación. El encomendero tuvo que afrontar los gastos del traslado a pesar de que perdía sus derechos sobre los indios que quedaron en "cabeza del Rey", o sea como tributarios de la Corona.

Palermo y Boixadós calculan que al momento de las capitulaciones, los **quilmes** eran unas 1800 almas aproximadamente (pág.21), pero que no todos llegaron al puerto. Muchos huyeron en distintas etapas del viaje y otros murieron por las durísimas condiciones del traslado. Unos 70 indios y sus familias fueron entregados en Córdoba para el servicio de la ciudad y de diversos participantes de las campañas. En 1667, cuando pagaron el primer tributo en Buenos Aires serían 750 personas, que en pocos años se redujeron en un 40% debido a epidemias que asolaron la zona en 1670 y 1671, sumados a las dificultades de adaptación y alta tasa de morbilidad.

Entre agosto y noviembre de 1666 los **quilmes** llegaron a Buenos Aires y fueron instalados en la Reducción de la Exaltación de la Cruz de los Quilmes, en una "suerte de estancia" de media legua de frente por una y media de fondo. Martín Iquim o Inquin seguía siendo su cacique. En 1667 llegaron 40 familias de

acalianes que habían huido de su primitiva reducción y que fueron recapturados y otros 10 indios provenientes de otras naciones del sur del valle Yocavil que nunca fueron étnicamente identificados.

Después del trauma inicial, los **quilmes** emprendieron su difícil proceso de adaptación a las nuevas condiciones de vida, aunque no exenta de resistencia cultural. Muchos continuaron hablando exclusivamente la lengua *kakana* por ejemplo, y aunque entendían el *quechua* no lo utilizaban, rasgo conservador que se manifestaba en otras pautas culturales, como el abandono de la vivienda cuando moría el jefe de la familia y la reinstalación en una nueva. En el testamento de un cacique fallecido en 1703, don Agustín Filca se ha podido comprobar el grado de adaptación, al menos de su persona y familia. Poseía animales propios, tales como vacunos, mulas y caballos; cultivaba trigo, era propietario de una carreta y 17 bueyes. Practicaban tanto la cría de ganado como la vaquería de cimarrones cuyos cueros vendía en el mercado. Filca se había transformado en un hombre de a caballo, como la muestran los aperos que deja en su testamento. Sus actividades mercantiles se reflejan en el detalle de deudores y acreedores.

Palermo y Boixadós señalan, sin embargo, que nada se sabe sobre las actividades de los indios de mita y cual era el grado de manejo de su cacique en la elección de los mitayos y los beneficios que de éste pudo obtener. Los mitayos fueron aplicados a trabajos en la construcción de la Catedral de Buenos Aires, en la explotación de una calera cercana a la reducción, en el arreo de vacunos o en las vaquerías pampeanas. También construyeron un horno de ladrillos, o participaron en la carga y descarga de navíos.

Como dijimos, el mayor aporte de la investigación de Palermo y Boixadós se refiere al análisis del pleito por el cacicato que se produjo en 1704. Para mejor ilustrar este tema hemos reproducido el cuadro que los autores publican, donde pueden visualizarse las líneas sucesorias a partir del padre de Inquin, llamado Sacanay. En el pleito los contendientes despliegan dos líneas argumentales: una que aparentemente refleja las normas tradicionales y que privilegia la sucesión por línea masculina entre miembros de los linajes cacicales, que se reproducían por matrimonios con hijas de otros caciques o miembros del mismo linaje, rechazando las pretensiones de hijos tenidos con mujeres "serviles"; la otra que

se apoya en el derecho español de sucesión de padres a hijos, con prioridad de la línea masculina, aceptando otorgarle el derecho a una mujer si demostraba sucesión directa, aunque poniéndola bajo la tutela de su marido.

Los orígenes de pleito pueden rastrearse hasta 1674, fecha de la muerte de Martín Iquin el cacique que había llegado desde el valle Calchaquí. Iquin no dejó herederos directos, dado que sus hijos varones habían muerto antes que él. Para decidir quién debería ocupar el cargo de cacique de la Reducción se reunió entonces el Consejo de Ancianos, institución de la que tenemos conocimiento por primera vez a través de esta fuente. Los Ancianos eligieron a Francisco Pallamay, uno de los nietos de Inquin, a pesar de que éste lo había repudiado por ser hijo de madre "servil". La elección tuvo carácter de transitoria, ya que el legítimo heredero, nieto de un hermano de Iquin de nombre Agustín Filca, era aún menor de edad. Como prueba de que la cuestión había sido resuelta de acuerdo con las normas tradicionales de los **quilmes**, vemos que al morir Pallamay entregó el cacicazgo a Agustín Filca, sin que éste hubiese planteado inconvenientes. Este traspaso fue posteriormente reconocido por las autoridades coloniales.

Pero al morir Filca a su vez, en 1704, dejando como heredero a un hijo suyo menor de edad, serán los hijos de Pallamay quienes solicitarán a las autoridades la restitución del cacicazgo del que se juzgaban despojados. Entre ellos, más que Juan Pallamay, aún menor en 1704, quien va a liderar el pleito será el marido de su hermana Isabel, un indio del común. Años después el gobierno colonial reconocerá los derechos de esta parte en el pleito, desconociendo la legitimidad tradicional.

Al analizar los argumentos que se presentan en el pleito, se ponen de relieve una serie de elementos que resultan claves para comenzar a reconstruir el sistema de normas tradicionales vigentes entre los **quilmes**. En primer lugar, las jefaturas se heredaban por vía masculina, pero no necesariamente el cargo era ejercido siempre por el hijo mayor, apartándose en esto de las normas españolas que privilegian la primogenitura. La existencia de un Consejo de Ancianos nos permite suponer que intervenían para decidir cuál de todos los postulantes reunía las condiciones exigidas para el ejercicio del poder.

En segundo lugar, se reconoce claramente la importancia de las mujeres como transmisoras de derechos para el cacicazgo, ya que constituían nexos entre las familias o los linajes de caciques, fundamentales para garantizar la legitimidad de la descendencia. A esto se refiere el concepto de limpieza de sangre utilizado en este caso para discutir los derechos de los postulantes. Es claro ésto en el ejemplo de Francisco Pallamay quien era hijo de hijo de cacique pero cuya madre pertenecía a la gente del común. La comunidad, a través de los Ancianos, le reconoció derechos **transitorios** para ocupar el cargo de cacique, y sólo por minoría de edad de Filca, candidato legítimo habida cuenta de su "limpieza de sangre". Se destaca en este aspecto la marcada tendencia de las uniones de caciques con mujeres de su misma parentela o parientes cercanas de caciques de otros pueblos. En tal sentido los matrimonios interétnicos entre miembros de un mismo segmento social constituían lazos de parentesco que establecían alianzas "extremadamente fuertes" entre los distintos grupos (Palermo y Boixadós 1991: 38). Estas alianzas se ponían a prueba en todos los enfrentamientos y coyunturas bélicas, como ya lo hemos visto en los casos de los **tolombones** y **colalao**s o los **cafiayates** y **quilmes** que discutimos más arriba y que Schaposchnik también ha corroborado en sus investigaciones en el centro y sur de Catamarca (ver cap. en este vol.). Se trata entonces, de una estrategia ampliamente generalizada entre los grupos **diaguitas**.

Como corolario, son destacables en la fuente las alusiones a dos segmentos sociales bien diferenciados entre los **quilmes** (y probablemente también en el resto de los grupos): uno de rango jerárquico, "constituido por el cacique y los miembros de su linaje o familia, y probablemente personajes vinculados con funciones religiosas dentro de la sociedad, [y otro], denominado en el pleito como 'gente común' o 'gente servil', que involucraría al resto del conjunto social" (Palermo y Boixadós 1991: 39). Y continúan: "Los matrimonios entre ambos segmentos sociales eran admitidos, pero al parecer asimilaban a los contrayentes en el segundo grupo, limitando de esta manera las posibilidades de ocupar puestos jerárquicos". Aclaran sin embargo, que los conceptos de "gente común o servil" no tiene el mismo valor en la sociedad nativa que en la española. En esta última, el derecho indiano había reservado el privilegio para la sucesión a su hijo varón de mayor edad, y los demás eran censados en los padrones de tributarios. La normativa indígena, en cambio, incluía a toda la familia del cacique, preservando

en bloque los derechos del linaje (ver discusión de este tema en capítulo I de este vol.). Finalmente debemos destacar otro dato importante: por minoría de edad de un sucesor, es el hermano de la madre quien ejerce la administración del cargo, con lo cual se revela que la doble filiación está vigente en el sistema de parentesco, donde el tío materno asume la tutoría de los huérfanos. Por otra parte, la matri-localidad fue verificada también en el caso de los **cafayates** casados con mujeres **quilmes** que permanecieron en las tierras cedidas por estos últimos y en los **famaynes** desnaturalizados que huyeron a los pueblos de sus mujeres donde el encomendero tuvo que ir a buscarlos (Palermo y Boixadós op. cit.: 40). Como ya lo expresaron Palermo y Boixadós en el trabajo original un sólo documento no puede servir de base para construir un modelo social. Pero ante la escasez de fuentes, tiene una relevancia fundamental para la investigación sobre el parentesco de las sociedades andino meridionales de nuestro territorio nacional.



Hemos querido cerrar el capítulo con el tema del parentesco, en parte por su novedad, en parte porque demuestra que a pesar de la fragmentación de nuestras fuentes y de las dificultades que expresamos en los comentarios metodológicos, el esfuerzo conjunto de un equipo de investigadores permite avanzar más allá de lo esperado. Las investigaciones sobre el valle Calchaquí se prolongaron durante seis años, y siempre hemos considerado que los temas que dejamos abiertos son mayores que los aportes ofrecidos. Como se habrá podido apreciar, hemos tratado de adentrarnos en los límites conceptuales de los cacicatos en base al análisis de la conducta política, a los mecanismos de apropiación territorial y a las relaciones interétnicas. El hecho de que las poblaciones del valle Calchaquí hayan resistido casi 130 años a los intentos españoles de colonizarlos fue al mismo tiempo una ventaja y un obstáculo. Una ventaja porque conservaron el dominio sobre su autodeterminación política, una dificultad por la naturaleza de la documentación que se produjo en este contexto regional.

Buenos Aires, noviembre de 1993

NOTAS

¹ El original de este documento se encuentra en el Archivo de Indias en Sevilla. Una copia dactilografiada se encuentra en el Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

² "chawpi" o "chawpirana": región del medio. Sobre este tema Tristan Platt anota, "...[la Chawpirana] se precisa conceptualmente a través del conjunto de creencias, de tal suerte que se convierte en un principio regular de la organización social" (Platt, 1978:1085). En nuestro caso, además, puede ser principio organizador de relaciones interétnicas o políticas.

³ Tucumán tiene en este caso un sentido más ambiguo, porque tanto puede designar la antigua provincia inca cuanto a los indios del cacique Tucma o o sea los indios tucumanos. Juries es una categoría utilizada por las poblaciones del altiplano, para identificar a diversos grupos étnicos que habitaban en el piedemonte o yungas, caracterizados por ser grandes corredores y vestir con plumas de suri o ñandú. Diaguitas son las poblaciones serranas de habla **kakana** y Comechingones los habitantes del territorio donde se funda la ciudad de Córdoba.

⁴ A.G.N.A. Padrón de Oruro 1604-1786. Sala 13, 17-1-4. Repartimiento de Horuro. Agradecemos a la Lic. Mercedes del Río por ofrecernos esta información.

⁵ La información detallada y la discusión documental sobre el contenido de este apartado se encuentra en Lorandi y Boixadós 1987-88: 282-310.

⁶ A.G.N.A. Sala 7, 6-7-1. Colección Carranza.

⁷ ANB (Archivo Nacional de Bolivia), Exp.1681 nro.28.

⁸ Carta del Gob. Luca de Figueroa y Mendoza sobre lo que obraron sus predecesores, 1662. En Larrouy 1923.

⁹ A.N.B. Exp. 1961, nro. 14.

¹⁰ A.G.N.A. Tribunales, Leg.F-1. Exp.5, S.XIII,C.XII, A.5, nro.2. (Isabel Pallamay contra Ignacio de España sobre el cacicazgo de la Reducción y pueblo de Santa Cruz de los quilmes, 1704-1708). Copia paleográfica del Museo Etnográfico, Fac. de Filosofía y Letras, UBA. Buenos Aires.-